

CÓNSULES, ESPIONAJE, EXILIADOS Y TENSION EN LA FRONTERA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Mario Ramírez Rancaño*

Hace unos años, W. Dirk Raat publicó un libro fascinante: *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*. El título no oculta que se trata de los rebeldes o disidentes políticos que en el primer cuarto del siglo xx se lanzaron contra el gobierno mexicano. Pudiendo ocultarse en Cuba o bien en la vecina Guatemala, afines culturalmente a su país, prefirieron Estados Unidos. La explicación de tal fenómeno radicaba en la cercanía y existencia de grupos políticos que los acogieron y protegieron.

En la primera década del nuevo siglo, arreció en México el descontento por la larga estancia de Díaz en el poder, aunado al estallido de las huelgas en la industria textil, en la minería y en los ferrocarriles, entre otras actividades. Raat expresa que para anular su potencial revolucionario, entre 1906 y 1911, en particular el de los magonistas, el gobernador de Chihuahua, embajador y ministro de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel, se convirtió en el operador oficial del gobierno de Porfirio Díaz en materia de espionaje. Además de lograr la cooperación de las autoridades de Estados Unidos, empleó a varias agencias de detectives para perseguirlos y arrestarlos.¹ Una de las primeras firmas contratadas, entre noviembre de 1906 y mediados de marzo de 1907, fue la Pacific Cooperative Detective Association, con sede en Los Ángeles.² Pero quizá su mayor acierto fue la contratación de la Furlong Secret Service Company, cuya cobertura alcanzaba Canadá y Estados Unidos.

Así, mediante este equipo de detectives, vigiló todos los movimientos de los miembros del Partido Liberal Mexicano.³ Aunque no puede señalarse el número exacto de los revolucionarios que entregó al gobierno de don Porfirio, los periódicos de Los Ángeles atribuyeron a la Furlong y a sus agentes la captura de ciento ochenta. También informó que casi todos los mexicanos que deambulaban por El Paso y sus alrededores favorecían a los magonistas. En forma complementaria, Creel contó con el apoyo de los cónsules mexicanos adscritos a lo largo de la frontera. Algunas ciudades eran bastante remotas y tenían poco o ningún comercio entre México y Estados Unidos, pero contaban con un consulado, el cual sólo podía mantenerse con un costo elevado para el gobierno mexicano. Obviamente sus titulares no eran precisamente cónsules, sino espías, consejeros legales, investigadores y agentes de la

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. marara2005@yahoo.com.mx.

¹ W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923* (México: FCE, 1988), 172.

² *Ibíd.*, 183.

³ *Ibíd.*, 172.

policía secreta, quienes se infiltraron en las filas de los revoltosos, interceptaron su correspondencia e hicieron uso muchas veces del acoso y la intimidación. En casos extremos montaron agencias de empleo para atraparlos y traerlos a México, utilizaron cartelones ofreciendo recompensas, prepararon instrucciones para interrogarlos, distribuyeron direcciones personales entre la policía, los gobernadores y los jefes militares en Sonora, Nuevo León y Coahuila, lo mismo que entre los jefes políticos de los distritos fronterizos.

Con el paso de los días, las cosas se complicaron. No obstante el trato discriminatorio que les daban las autoridades anglosajonas, los revoltosos se multiplicaron y cruzaron la frontera para escapar de las garras del gobierno mexicano, proveerse del armamento necesario incluso para darse un respiro en la contienda bélica y luego continuar. Para variar, se refugiaron en varias ciudades adyacentes al Río Bravo. El resultado inmediato fue una perturbación de la vida cotidiana. Ahí se toparon con los mexicoamericanos y los mexicanos de larga residencia, cuyo número desde tiempo atrás superaba a los estadounidenses anglosajones. Por otro lado, muchos mexicanos tenían parientes al sur del Río Bravo, nos referimos a Sonora, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas. Todos resultaron fuertemente afectados por la revolución, en un auténtico polvorín ante el cual las autoridades de Estados Unidos tuvieron que ponerles suma atención.

A partir de 1910, la Furlong se dedicó a vigilar la nueva amenaza de Díaz: Francisco I. Madero. Mas en este caso, él mismo tomó cartas en el asunto: instruyó a su hermano Gustavo para que, paralelamente, realizara operaciones de contraespionaje. En palabras simples: jugó con las mismas cartas que Porfirio Díaz. Gustavo contrató los servicios del abogado Sherburne G. Hopkins, de la firma de Washington Hopkins and Hopkins, quien fungió como director de su servicio secreto. Su labor se centró en gestionar ante la administración del presidente Taft la libertad de Francisco I. Madero y de sus correligionarios, quienes en ese entonces preparaban la revolución en suelo estadounidense. Asimismo, combatió la propaganda de Porfirio Díaz contra Madero, evitó la deportación de los nuevos revoltosos e hizo las gestiones pertinentes para adquirir armamento. Al fungir en forma paralela como consejero del gobierno de Guatemala, Hopkins proporcionó a Madero información adicional, esto es, de los mexicanos que por diversas razones se refugiaron en la zona centroamericana.⁴ Friedrich Katz afirma que hubo otro agente al servicio de Madero llamado Félix Sommerfeld, quien también desempeñó el papel de director de los servicios secretos en la frontera entre México y Estados Unidos.⁵ En abril de 1911, el jefe de policía, Eugene Nolte, calculó que el 90 por ciento de los residentes de la frontera simpatizaban con el movimiento de Madero.⁶

⁴ *Ibíd.*, 202-203.

⁵ Friedrich Katz, "El espionaje mexicano en Estados Unidos durante la revolución", *Eslabones*, no. 2 (julio-diciembre de 1991): 11.

⁶ *Ibíd.*, 173 y 185.

Después de la decena trágica

Al triunfo de la revolución maderista, pocos fueron los civiles y militares que abandonaron el país. La figura más relevante fue Porfirio Díaz, sólo que no se dirigió a Estados Unidos, sino a Francia, de donde no se movió más durante el resto de su vida. Estaba demasiado viejo como para andar metido en más aventuras bélicas. Allá lo seguiría un selecto grupo de colaboradores, sobre todo civiles, que por solidaridad hicieron causa común con él. Lo más relevante fue la salida del grupo de intelectuales conocido como “los científicos”, quienes se expatriaron en Francia y España. Pocos fueron los que se refugiaron en Estados Unidos.

A raíz de la decena trágica, ocurrida en febrero de 1913, las cosas se tornaron alarmantes. Victoriano Huerta subió al poder y casi de inmediato ejerció una brutal depuración entre su gabinete, y a varios de sus integrantes los expulsó del país. Se trataba de civiles, aunque también hubo militares. Algunos cruzaron el Atlántico con destino al viejo mundo, pero en su mayor parte se encaminaron hacia Estados Unidos. A mediados de 1913, las figuras más importantes fueron dos de sus aliados en el golpe. Nos referimos a Félix Díaz y Manuel Mondragón, actores centrales de la decena trágica. El primero, un personaje obstinado en sentarse en la silla presidencial que por décadas ocupó su tío, y el segundo, el secretario de Guerra y Marina, en el primer gabinete de Huerta. El primero recibió la encomienda de viajar a Japón para agradecer al emperador el gesto que tuvo al enviar una comisión en su representación durante las fiestas del Centenario de la Independencia. Sin embargo, apenas iniciaba el viaje cuando la orden le fue cancelada. En vista de ello, se dirigió a París a visitar a su tío. Atrapado en un sinnúmero de vaivenes, regresó a México para participar en las elecciones presidenciales de octubre de 1913 y, ante un panorama incierto, salió para La Habana y luego se trasladó a Estados Unidos.⁷ El segundo, el general Manuel Mondragón, quien al ser señalado como culpable de las reiteradas derrotas del ejército federal ante los revolucionarios fue sacrificado y embarcado personalmente por Huerta con destino a Europa, concretamente a España.⁸ Meses más tarde, sumamente dolido por su destierro, en forma intempestiva apareció en Estados Unidos y en La Habana, para finalmente volver al viejo continente.

A ellos se suma el escandaloso caso de Salvador R. Mercado, un general que ante el fragor de la lucha armada se espantó de la furia de Francisco Villa y, para evitar perder la vida, prefirió cruzar la frontera y salvarse. Para variar, se fue a Estados Unidos. Lo grave fue que se llevó a toda la división a su mando. Nos referimos a la División del Norte, con casi cinco mil efectivos. Toda una tragedia en los anales de la historia militar. Los federales fueron desarmados y vacunados para prevenir cualquier brote de viruela, y luego recluidos en los fuertes de Fort Bliss y Wingate. Mas como su fama de evacuador de plazas creció como la espuma, en 1916, desde Las Cruces, Nuevo México, Mercado publicó un libro llamado *Revelaciones históricas*

⁷ Luis Liceaga, *Félix Díaz* (México: Jus, 1958), 302-311, 319 y 335.

⁸ “Ayer entrevistamos al Sr. General M. Mondragón”, *El País*, 17 de junio de 1913, y “Salió para Bélgica el Gral. Mondragón”, *El País*, 24 de junio de 1913.

1913-1914, destinado a ponerle un alto, utilizando una gran cantidad de datos contradictorios.⁹ Considerado un apestado por sus correligionarios, al parecer no se mezcló en ninguna aventura contrarrevolucionaria.

Conforme pasaban los meses, Victoriano Huerta creó tanta animadversión entre sus enemigos de raigambre felicista, reyista, villista, carrancista e incluso maderista, que contemplaron no sólo su derrocamiento, sino su asesinato. Enarbolando el Plan de Guadalupe, Venustiano Carranza fue el más interesado en derrocarlo, pero acerca de su posible asesinato no se sabe mucho, lo cual no resulta descabellado. Después de cuatro meses de su ascenso al poder, ocurrió algo insólito. Fraguados en el extranjero, circularon rumores sobre su asesinato. El 7 de junio de 1913, el cónsul huertista de La Habana, Cuba, envió un mensaje escalofriante. Dijo que Miguel Márquez Huerta, comisionado de la Secretaría de Guerra y Marina en la isla, acudió a sus oficinas pidiendo el envío urgente de un mensaje a México. ¿Qué quería transmitir? Que en el vapor español *Alfonso XIII* viajaba el anarquista catalán Rutilio Buxaré con la misión de dinamitar el salón presidencial justo durante una reunión del Consejo de Ministros. La resultante, acabar con la vida de Huerta, de Mondragón y de todo el gabinete.¹⁰ El 19 de agosto de 1913, también desde La Habana, un empleado consular que firmaba como Esteva, informaba que en el vapor americano *Morro Castle*, recién salido de la isla, viajaba el anarquista José Tomás Amigo Buenaventura, con la intención de atentar contra la vida del presidente de la república mexicana. Para darle mayor credibilidad a la denuncia, se afirmaba que tal persona había sido expulsada de Buenos Aires y que había estado presa más de un año en Barcelona por diversos atentados durante lo que llamaba la semana trágica.¹¹ Ciertamente o falso, tales rumores no pasaron de ser eso, mas en caso de haber sido ciertos, sus promotores no podrían ser otros que maderistas y felicistas, que durante esos días pasaron por o vivían en La Habana.

El carrancismo

A escasas semanas de iniciado el movimiento constitucionalista, Venustiano Carranza resucitó la vieja ley juarista para condenar con la pena de muerte a Victoriano Huerta, a los partícipes en el golpe de Estado de febrero de 1913 y a sus colaboradores. Al principio, nadie tomó en serio tal advertencia, pero con el paso del tiempo las cosas cambiaron. En abril de 1914, con el puerto de Veracruz invadido, se inició una diáspora de gran parte del viejo personal político y militar, un fenómeno jamás registrado en los anales de la historia. Ante la amenaza de ser juzgados mediante la citada ley huyeron del país.

⁹ Salvador R. Mercado, *Revelaciones históricas 1913-1914* (Las Cruces, N. México: 1914).

¹⁰ "La Habana, al secretario de Relaciones Exteriores", 7 de junio de 1913, en Archivo Secretaría de Relaciones Exteriores (AHDM, SRE), L-E-818 (2), 1913.

¹¹ "Esteva al secretario de Relaciones Exteriores", La Habana, 19 de agosto de 1913, en AHDM, SRE, L-E-779 (1), 1913.

En la ciudad de México, las estaciones ferroviarias se vieron atiborradas de personas ansiosas por abordar cuanto convoy salía con destino a Puerto México, o bien al de Veracruz. Como de cualquier forma no se sentían a salvo en los puertos, en la primera oportunidad se embarcaban rumbo a La Habana, a Estados Unidos, o bien al viejo mundo. Después del interinato de Francisco S. Carvajal, a mediados de agosto de 1914, Carranza se instaló en el poder. Para apropiarse por completo de los hilos del poder, el primer jefe convocó a los principales jefes militares a una junta para acordar la forma definitiva de gobierno. Se trata de la Convención de Aguascalientes, que terminó por dividirlos. Surgieron dos tendencias básicas: la de Carranza, apoyado por Álvaro Obregón, y la de Francisco Villa, secundado por Emiliano Zapata. Podría hablarse de que a mediados de 1915, una vez que Carranza y su brazo derecho, Álvaro Obregón, vencieron a Francisco Villa en Celaya, salió el último grupo de mexicanos: precisamente quienes se abanderaron y apoyaron al Centauro del Norte, y uno que otro renegado del carrancismo. Su destino: Estados Unidos.

Temeroso del problema que significaba un número elevado de mexicanos refugiados allende el Río Bravo, Carranza tomó cartas en el asunto. Resucitó el viejo sistema de espionaje porfirista y maderista para prevenir cualquier desaguizado. Según Friedrich Katz, Carranza utilizó los servicios del abogado Sherburne G. Hopkins, aunque también se apoyó en agentes propios.¹² En caso de ser cierta la afirmación de Katz, nuestra búsqueda no arrojó información al respecto. La explicación de semejante incongruencia puede estar en las fuentes utilizadas por él y nosotros.

La otra cara de la Revolución mexicana

Para el periodo de Victoriano Huerta y Venustiano Carranza, W. Dirk Raat repitió pasajes muy consabidos de la historia de México, como la invasión del puerto de Veracruz en abril de 1914, los esfuerzos diplomáticos del primer jefe para que lo reconocieran políticamente, el ataque de Francisco Villa a Columbus, la expedición punitiva, la primera guerra mundial y el temor de que Alemania metiera sus narices en México. A Raat también le siguió llamando la atención Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, cuando en esas fechas su importancia ya había declinado. En menor medida, abordó también el retorno de Victoriano Huerta a Estados Unidos con la intención de recuperar el poder político en México, el apoyo que recibió de los expatriados, el asesinato de Pascual Orozco, e incluso el Plan de San Diego, entre otros temas. Acorde con la línea inicial marcada por el citado autor, nuestro objetivo consiste en rastrear las poblaciones en donde se refugió el personal político y militar que desde julio de 1914 salió del país. En los años subsiguientes, esas poblaciones se convirtieron en verdaderos santuarios, en centros de agitación. Como a todas luces se trataba de personas expoliadas por el poder y, por ende, humilladas y resentidas, fue natural que incubaran ansias revanchistas y de venganza. En vista de ello, para Venustiano Carranza resultó vital vigilarlos estrechamente y anular su

¹² Katz, "El espionaje...", 11.

potencial revolucionario. El mecanismo por excelencia resultaron ser los consulados y sus titulares. A final de cuentas existe otra razón poderosa para retomar este tema: por la naturaleza del personal político y militar expatriado, en la frontera entre México y Estados Unidos, e incluso en La Habana, Cuba, en Europa y América Central, tuvo lugar la otra cara de la Revolución mexicana. Sobre eso no hay duda.

Interrogantes

Antes de continuar, conviene preguntarse ¿por qué el grueso de los civiles y militares se dirigió a Estados Unidos?, ¿por qué lo hicieron si aún estaba fresco el inesperado cambio de postura de Estados Unidos a propósito de la decena trágica? Nadie ignoraba que, en febrero de 1913, el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, intervino en el golpe de Estado contra Francisco I. Madero, y que en los días siguientes el gobierno del coloso del Norte se negó a reconocer al nuevo gobierno, el presidido por Victoriano Huerta. Woodrow Wilson, el nuevo presidente de Estados Unidos, señaló que el gobierno de Huerta era ilegal, resultante de un golpe de Estado, violador del orden constitucional y culpable del asesinato del presidente de la república. Por estas y otras razones, resultaba inexplicable que un gran número de disidentes políticos mexicanos ignorara semejantes argumentos y se expatriara en Estados Unidos.

Al margen de las expuestas, hubo otras razones prácticas. Dividido por el Río Bravo, México tiene una amplia frontera con Estados Unidos que abarca más de tres mil kilómetros. Una frontera de tal magnitud permitía que los mexicanos la cruzaran en ambos sentidos. Desde Porfirio Díaz, pasando por Madero y, por supuesto, Carranza, al norte del Río Bravo se fraguaban toda suerte de movimientos revolucionarios o contrarrevolucionarios. Para todo disidente, cruzar el citado río significaba ponerse a salvo de las autoridades mexicanas, adquirir el armamento requerido, o bien vender el suficiente mineral y ganado para financiar su causa. En forma no menos importante, está el hecho de que, hasta mediados del siglo XIX, el sur de Estados Unidos perteneció a México y en muchas ciudades predominaba la cultura e idiosincracia mexicana. En alusión a San Antonio, Texas, en una ocasión, Federico Gamboa dijo que por más que intentara ser una ciudad estadounidense, en el fondo era típicamente mexicana.¹³

No obstante semejante postura, el gobierno estadounidense dejó pulular a los mexicanos radicados en las ciudades ubicadas a lo largo de su frontera sur sin mayores problemas. Salvo en determinadas ocasiones, no llevó a cabo represalia alguna. Es probable que, basado en la experiencia de lo ocurrido durante el porfiriato, consideró que hasta cierto punto los expatriados eran inofensivos. Pero también llama la atención la actitud mostrada por el gobierno cubano. Para éste, los mexicanos refugiados en la isla eran huertistas, culpables del asesinato de Madero y Pino Suárez. De ello no cabía la menor duda. Asimismo, en la isla vivía Márquez Sterling, uno de los protectores

¹³ Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)* (México: Conaculta, 1995), 215.

de Madero en vísperas de su asesinato, y lo que resultó sorpresivo fue su actitud en extremo condescendiente con los mexicanos, al grado de brindarles empleo a varios intelectuales en un diario de su propiedad.

Los consulados

Durante la primera década del siglo xx, había treinta y un consulados mexicanos en Estados Unidos, más de la mitad ubicados al oeste del Misisipi. Generalmente estaban compuestos por un cónsul, un vicedcónsul y un secretario. Sus deberes formales se centraban en la promoción del comercio y su intercambio. Los consulados que tuvieron mayor importancia fueron los de Los Ángeles, Phoenix, Tucson, El Paso, San Luis, San Antonio y Nueva York. Tuvieron importancia secundaria los consulados y viceconsulados de Caléxico, Nogales, Del Río, Douglas, Naco, Kansas, Denver, Brownsville, Eagle Pass, Laredo, Río Grande, Atlanta y Cincinnati.¹⁴ De acuerdo con las leyes mexicanas, el cónsul no podía intervenir en los asuntos políticos del país en que estaba destacado, mas su función original se distorsionó debido a la presencia de una gran comunidad mexicana a lo largo de la frontera y a la conversión de ésta en santuario de los disidentes políticos. De ahí que, en realidad, sus labores formales se convirtieran en mera ficción y jugaran el papel de espías. Además de vigilarlos, debían informar al gobierno de sus actividades. El sistema se completó con la maquinaria de espionaje de Estados Unidos en México. Según Raat, en 1911 Estados Unidos tenía veinticinco consulados en suelo mexicano. Protegían los vapores que surcaban aguas mexicanas y, por consiguiente, a los marinos, ejercían labores de espionaje, además de que permitían o restringían el contrabando de armas. Estaban ubicados a lo largo de las costas mexicanas, como La Paz, Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, Salina Cruz, Tapachula, Progreso, Frontera, Veracruz, Tampico y otras poblaciones. Los de la línea fronteriza eran Ensenada, Nogales, Ciudad Juárez, Ciudad Porfirio Díaz, Nuevo Laredo y Matamoros.¹⁵ Y la razón no era para menos: sus intereses económicos eran cuantiosos, al igual que los de Francia, Inglaterra, Alemania, entre otros países. Al margen de sus consulados, instalados a lo largo de la frontera con México y en la zona petrolera y minera, Estados Unidos tuvo diversos agentes entre las filas de los principales caudillos y jefes revolucionarios.

La resultante del rastreo

Al revisar la correspondencia girada por los cónsules a Carranza, a los titulares de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Gobernación, en particular la referida a los disidentes o contrarrevolucionarios, se detecta que provino de docena y media de consulados, dos tercios de los cuales se ubicaban al borde del Río Bravo. Viendo

¹⁴ Raat, *Los revoltosos...*, 174.

¹⁵ *Ibíd.*, 179-180.

las cosas del Este al Oeste, sobre la línea fronteriza, nos topamos con las siguientes sedes consulares: Brownsville, Laredo, San Antonio, El Paso, Presidio, Las Cruces, Douglas, Nogales, Phoenix, Arizona y San Diego. Siguiendo la misma mecánica, en el borde del Golfo de México, fuera del Río Bravo, aparecen Galveston y Nueva Orleans. En la parte opuesta, destaca Los Ángeles, California. Finalmente, aparecen los consulados de Nueva York y Washington, distantes de la frontera. Da la impresión de que los enemigos del primer jefe cruzaron la frontera y difícilmente se alejaron de ésta. No se quisieron alejar un metro más de su patria. Para el primer jefe, las cosas se facilitaron, supo perfectamente bien en qué lugares se refugiaron sus adversarios. Dependiendo del número de exiliados, en cada uno de los consulados hubo uno o más titulares, con sus respectivos vicecónsules y agentes. El segundo hallazgo fue que cerca de cuarenta cónsules, vicecónsules, agentes especiales, embajadores e informantes espontáneos integraron la red de espionaje. Además de la vigilancia ejercida por los consulados, en sus tiempos libres el embajador de México en Washington, Eliseo Arredondo, realizaba labores de espionaje. Otro rasgo importante fue que varias de esas ciudades tenían su contraparte mexicana: una ciudad gemela ubicada al sur del Río Bravo. Como botón de muestra se tienen Laredo y Nuevo Laredo, El Paso, Texas, y Ciudad Juárez, Chihuahua, San Diego y Tijuana, entre otras; formaban un *hinterland*. La interrelación fue completa. Sin duda que, por el tipo de personal político, civil y militar expatriado, aquí se observó la otra cara de la Revolución mexicana. Ciertamente que en algunos lugares los cónsules trabajaron horas extra para informar a Carranza de las actividades de sus compatriotas. El clímax fue en el segundo semestre de 1915, en El Paso, Texas, cuando se registró una gran concentración de mexicanos para apoyar el movimiento contrarrevolucionario encabezado por Victoriano Huerta.

Pero, ¿cuáles fueron las tácticas utilizadas por los cónsules? En realidad, nada nuevo. Al igual que en la agonía del porfiriato, los cónsules mismos se infiltraban entre los exiliados, o bien, contrataban agentes y personas de su confianza para espíarlos. En sus informes se narran con sumo detalle reuniones y los nombres de las personas asistentes. Se describen toda clase de reuniones supuestamente secretas, planes de invasión, expediciones armadas, montadas tanto por villistas, como por felicistas y huertistas. Pero en ocasiones fue tanta la obsesión de los cónsules por quedar bien con sus superiores, que se denota cierta improvisación, datos tergiversados o inventados, incluso en ocasiones contradictorios. Y hubo algo que resulta sorprendente: los expatriados mismos sabían que eran vigilados, los nombres de sus verdugos, lo cual jamás truncó su convivencia cotidiana. Al final de cuentas, tanto unos como otros sabían que estaban involucrados en un contexto revolucionario.

Pero los cónsules mexicanos no sólo cooperaron entre sí, también lo hicieron con las autoridades locales del vecino país del Norte, con la Policía Montada de Texas y Arizona, con los procuradores, funcionarios aduanales y de migración. Y, por supuesto, tanto de un lado de la frontera como del otro, se interceptó la correspondencia. Fue común que las autoridades carrancistas ordenaran a los empleados postales abrir la correspondencia, copiarla, transcribirla, alterarla o destruirla. Claro que para evitar ser descubiertos, una vez enterados de su contenido, la mayor parte llegaba a su destino.

CUADRO 1
UBICACIÓN DE LOS CONSULADOS Y NOMBRES DE LOS CÓNSULES

CALIFORNIA	<i>Otras localidades de Texas</i>
<i>Los Ángeles</i>	Melquiades García, Laredo
Teodoro Frezieres	José Z. Garza, Brownsville
Emilio Salinas	Juan A. Mateos, Galveston
José M. Carpio	Cosme Bengoechea, Presidio
Enrique A. González	Bernardino Mena Brito, Texas
J.J. Pesquera	
Ricardo Cuevas	ARIZONA
Heriberto Villarino	José María Arredondo, Douglas
	Gustavo Hernández, Nogales
<i>Otras poblaciones de California</i>	Sin nombre, Phoenix
Ramón P. Denegri,	
San Francisco	WASHINGTON
Enrique A. González,	Eliseo Arredondo, embajador
San Diego	M.N. Morales
TEXAS	NUEVA ORLEANS
<i>El Paso</i>	Eduardo Soriano Bravo
Andrés G. García	Gómez, vicecónsul
Raúl Sandobal (vicecónsul)	
Eduardo Soriano Bravo	NUEVA YORK
(cónsul y vicecónsul)	Bernardino Mena Brito
Juan N. Fernández	Ramón P. Denegri
(agente especial)	
J.M. Arriola Ache	<i>Otros</i>
	R.E. Múzquiz, director de consulados
<i>San Antonio</i>	Cosme López, agente adscrito
Teódulo R. Beltrán	a la Inspección General
Gonzalo G. de la Mata	de Consulados en Estados Unidos
Indalecio Jiménez	J.M. Arriola, jefe del S.S.
I. Cañamar	en Estados Unidos
	Charles E. Jones
	Carlos Contreras
	A. Bulnes Tavares

Otros países: CUBA, Antonio Hernández Ferrer, Alberto Franco, Alberto Tinoco, Esteva y Antonio Brach. GUATEMALA, J.J. Ríos. HONDURAS, José María Aramendia.

Entre la correspondencia que más preocupó a Carranza fue la de los militares, quienes difícilmente aceptaron su derrota. Víctimas de su amargura, fueron los candidatos naturales para montar la contrarrevolución. Sin embargo, al final de cuentas, no obstante ser portadores del conocimiento de las armas, con la capacidad para reorganizar al ejército y resucitarlo, cayeron en la inercia, en el *impasse*. Se convirtieron en unos mansos *corderitos*. Las mismas tácticas se utilizaron en el lado estadounidense. A fines de 1917 y principios de 1918, la Junta de Censura de Estados Unidos hizo los arreglos legales necesarios para examinar toda la correspondencia que pasara entre Estados Unidos y México, en particular la de Galveston, El Paso, Laredo, San Antonio, Nogales, San Diego y San Francisco.¹⁶

Una sorprendente provocación

A finales de enero de 1915, el valle del Río Bravo se cimbró con la circulación de un extraño documento denominado Plan de San Diego. El 24 de enero, las autoridades de McAllen, Texas, arrestaron a Basilio Ramos, principal sospechoso, supuestamente hijo de un partidario de Victoriano Huerta. El documento indicaba que había sido redactado y firmado en la ciudad de San Diego, aunque Don M. Coerver y Linda B. Hall aseguran que en realidad lo fue en una cárcel de Monterrey, México. El plan encerraba un insólito programa político racial y separatista. Una revolución que debía estallar el 20 de febrero. En San Diego, el Supremo Congreso Revolucionario nombraría un comandante militar cuya tarea era organizar al Ejército de Liberación de las Razas y de los Pueblos, el cual se nutriría con los mexico-americanos, los negros y los japoneses. Su meta: liberar los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, California y Colorado, arrebatados más de medio siglo atrás a México de la manera más páfida por el imperialismo estadounidense. Como premio a su participación, los negros serían ayudados a conquistar otros seis estados adyacentes de la Unión Americana para establecer una república negra. Los estados liberados en la frontera con México formarían una república independiente y, si más tarde lo consideraban conveniente, se podrían anexar a México. Pero eso no fue todo: el plan estipulaba una guerra racial sin cuartel contra todos los varones anglosajones mayores de dieciséis años y su ejecución sumaria, así como de todos los prisioneros y traidores a la raza. Curiosamente, los promotores del Plan de San Diego rechazaban toda ayuda del gobierno mexicano, vale decir de Venustiano Carranza. Está de más señalar que las autoridades estadounidenses se alarmaron y montaron una estrecha vigilancia en la frontera. Después de ser arrestado, Basilio Ramos aceptó ser uno de los signatarios del plan, con autorización para organizar juntas revolucionarias, pero llegó el 20 de febrero, día fatídico, sin que estallara la temida insurrección. Lo único novedoso fue la aparición de otro manifiesto que no tuvo mayor repercusión. Después de un estira y afloja, Ramos fue liberado y rápidamente cruzó la frontera. Se dirigió hacia Matamoros, donde, a pesar de su supuesta filiación huertista, fue recibido con los

¹⁶ Raat, *Los revoltosos...*, 243.

brazos abiertos por las autoridades carrancistas.¹⁷ En forma sospechosa, los cónsules al servicio de Carranza nada dijeron sobre el particular. Por su parte, los expatriados jamás hicieron referencia al citado plan.

Actividad política en los santuarios

La que pudiera ser la primera reacción de los mexicanos en el destierro tuvo tintes pacíficos: buscaba organizarse políticamente para acercarse a Carranza y negociar su retorno inmediato al país. Ello tuvo lugar en las primeras semanas de 1915, ni más ni menos que a escasos tres meses de vivir en el destierro. Reunidos en San Antonio, Texas, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz contactaron a diversas personalidades que desempeñaron un papel relevante en el régimen huertista, como Querido Moheno y Federico Gamboa, a quienes se les unieron Miguel Bolaños Cacho, Emilio Vázquez Gómez, los ex generales Juvencio Robles, Ignacio Bravo, A.T. Rasgado, Luis Medina Barrón, David de la Fuente, Enrique Gorostieta, los civiles Jesús Flores Magón, José Elguero, Toribio Esquivel Obregón y otros, para fundar, en enero de 1915, la Asamblea Pacificadora Mexicana.¹⁸ Imbuidos de una gran pasión, mediante sendas cartas, sus promotores pidieron paz y concordia a Francisco Villa, Álvaro Obregón, Felipe Ángeles, así como a otros jefes revolucionarios, recibiendo a cambio una andanada de insultos y ataques. No los bajaron de reaccionarios, asesinos, retrógrados y culpables de un sinnúmero de calamidades, lo cual los desconcertó y llevó al desencanto. En segundo lugar, el gobierno estadounidense no vio con buenos ojos tal pretensión y declaró persona *non grata* a Federico Gamboa, uno de sus promotores, quien debió trasladarse a La Habana, Cuba. En vista de ello, los asistentes se desperdigaron. Como ninguno sabía cuánto tiempo permanecería Carranza en el poder, cada quien buscó el lugar más idóneo para vivir, dónde instalarse. Como se observa, se trataba de las mismas fechas en que se difundió el Plan de San Diego.

San Antonio, Texas

Después de arremeter contra lo que llamaba viejas y odiosas dictaduras porfirista y huertista, el 1º de noviembre de 1915, desde San Antonio, Texas, Indalecio Jiménez, quien por cierto firmaba como “Gran”, y a continuación agregaba un triángulo formado con puntos, más las letras JNSP, y otra vez el triángulo formado con tres puntos, del grado 33, se lanzó contra el que llamaba asqueroso y malévolo Partido Católico que pretendía reorganizarse en tierras extranjeras para abolir las Leyes de Reforma,

¹⁷ Don M. Coerver y Linda B. Hall publicaron un libro alusivo: *Texas y la Revolución mexicana: un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1920* (México: FCE, 1988), 104-106.

¹⁸ Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 8º t., *Nueve años de destierro* (Monterrey: Talleres de El Porvenir, 1962), 107; Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro* (San Antonio: International Printing Company, 1916), 17, y *El Demócrata*, 6 de febrero de 1915.

que tanta sangre había costado a los abnegados paladines y mártires del 57. ¿Cómo lograr semejante empresa?¹⁹ Apoyándose en los porfiristas y huertistas, bajo la conducción del polizone Félix Díaz. A continuación, delató uno a uno a los simpatizantes del Partido Científico: primero, un sinnúmero de militares, entre quienes destacaban Manuel Mondragón, Félix Díaz, Manuel M. Velásquez, Gaudencio de la Llave, Manuel Anaya, Juvencio Robles, Aureliano Blanquet, Juan Montaña, José María Gutiérrez, Mariano Ruiz, David de la Fuente, Emilio T. Campa, Casimiro y Santiago Mendoza, Antonio Villarreal, Alberto Guajardo, Enrique Gustavo Adolfo Maass, Luis Medina Barrón, Prisciliano Cortés, Alberto T. Rasgado, todos ex generales del extinto ejército federal, y otras personas más, vinculadas con el Partido Católico. Segundo, civiles como Rodolfo Reyes, Guillermo Castillo Nájera, Manuel Garza Aldape, Carlos Cosío, Gabriel Fernández Somellera, Francisco Elguero, José Elguero, Francisco Traslosheros, Eduardo Martínez, Elías Lazarín, Jesús de León, Rafael Alderete, Joaquín Casasús y otras personalidades, que habían llegado al extremo de comprometer algunas de sus haciendas para comprar municiones. Tercero, Jiménez denunció que el penúltimo día de octubre de 1915 se celebraron varias juntas en la casa del doctor Aureliano Urrutia, otras más en el despacho de Rodolfo Reyes, por cierto a cargo de Guillermo Castillo y Nájera, y la última, en el despacho de Vázquez Gómez y Garza Aldape. En todas se acordó la unificación de los distintos grupos políticos desterrados en Estados Unidos y Europa.²⁰ Sin embargo, la pregunta ineludible era ¿cómo obtuvo la información Indalecio Jiménez? Seguramente infiltrándose. Sin duda que su diatriba contra el Partido Católico se debió a que en esta ciudad estaba refugiada gran parte del episcopado, el cual curiosamente no fue objeto de vigilancia especial.

En los años subsiguientes, Indalecio Jiménez no envió de nuevo otro informe. Su desahogo fue definitivo. Tampoco hubo otro cónsul o empleado consular que informara sobre el apoyo que la Iglesia católica estadounidense brindó a los arzobispos, obispos y sacerdotes mexicanos, y que incluso patrocinó la apertura de un seminario. Como, a instancias del papa, al episcopado mexicano le urgía regresar a México, naturalmente hubo reuniones, pero, por extrañas razones, a los cónsules no les interesó vigilarlos.

Jactándose de cumplir con su labor patriota, un partidario del gobierno constitucionalista que firmaba como I. Cañamar se abocó a rastrear todo lo que sucedía en San Antonio, Texas, para informárselo a Gerzayn Ugarte, secretario particular de Carranza. El 2 de diciembre de 1915, le comentó que la ciudad se había convertido en un auténtico foco contrarrevolucionario. Pruebas: con el pretexto de brindar atención médica, los consultorios de los doctores Vázquez Gómez y Aureliano Urrutia operaban como centros de conspiración donde solían reunirse una gran cantidad

¹⁹ *The New York Times*, mayo de 1915, calculaba que en San Antonio había 6500 mexicanos refugiados, entre ellos ex oficiales del ejército federal, pero poca gente adinerada. "Boletín 219. Nueva York, mayo 7 de 1915", en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 41, legajo 4460.

²⁰ Indalecio Jiménez a Venustiano Carranza, San Antonio, Texas, 10 de noviembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 59, 1915.

de reaccionarios. Lo peligroso era que, día con día, las filas de tales antipatriotas se nutrían con gente como los ex generales Enrique González, Juan Montaña y Jiménez Riveroll, este último hermano del asesino material de Francisco I. Madero, más el coronel Francisco Chávez, hombre cercano a Félix Díaz. Su objetivo: lanzarse a la contrarrevolución apoyando precisamente a este último.²¹

Los Ángeles

Al inicio de la segunda semana de diciembre de 1915, desde Los Ángeles, California, un empleado consular que se resistió a firmar se quejó ante su amigo y querido jefe, Venustiano Carranza, de que la Dirección General de Consulados le redujo el presupuesto asignado a su oficina, lo cual era una ofensa, un agravio, ya que su consulado, el de Los Ángeles, era el más importante en la Unión Americana. Sucede que aquí estaban refugiados los hombres más prominentes del porfirismo y del huertismo. Sus nombres: Enrique y Juan Creel, Alberto y Luis Terrazas, Vera Estañol, Luis Emeiterio Torres, Aurelio Sandoval, el ex gobernador de Chihuahua, de apellido Sánchez y, según él, otros miles de científicos. Además de conspirar contra el gobierno constitucionalista, esos seres perversos y malditos enviaban regularmente armas y parque a sus partidarios en México, y contaban con una red de agentes secretos infiltrados entre las filas constitucionalistas. Pero como no todo era conspiración, regenteaban un club nocturno llamado Anáhuac, lo mismo que un periódico especializado en insultar a Carranza y a su *staff* de colaboradores. Aunque su diatriba no paró ahí. Después de un respiro, volvió al ataque. Expresó que para mantener a raya a estos eternos enemigos de México, se necesitaba vigilarlos, no sólo por su valor político, sino por la riqueza que representaban. En el culmen de su enojo, advirtió que si efectivamente le reducían su presupuesto, su oficina quedaría atada de pies y manos, a merced de los poderosos e intrigantes científicos, que tramaban quitarlo y poner en su lugar, en calidad de cónsul, a un mentecato llamado Baldomero Almada, verdadero desecho del científicismo. Aunque previno que no sólo se trataba de quitarlo a él, sino también a Ramón P. de Negri y a Enrique González, cónsules de San Francisco y San Diego, California, respectivamente. Justo, tales “desgraciados” soñaban con apoderarse otra vez del país para extraerle todos los beneficios posibles.²²

El Paso, Texas

El espionaje fue similar en El Paso, Texas. En julio de 1916, sin mayores problemas, los cónsules y sus agentes reportaron que el cónsul villista en la citada ciudad, de

²¹ I. Cañamar a Gerzayn Ugarte, secretario particular de Venustiano Carranza, San Antonio, Texas, 1º de diciembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 62, 1915.

²² Cónsul de Los Ángeles, California, a Venustiano Carranza, 10 de diciembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 62.

nombre Jorge McManus, y sus correligionarios Rodolfo Farías, Enrique Bordes Mangel, José Kasperowitz, Enrique Pérez Rul y uno de sus hermanos, Enrique Palencia, Enrique Palacios, Carlos Domínguez, D.O. Paparelli, Cruz González, Carlos Linse, Darío Silva, Alfredo Lewis, más el felicista Manuel Icaza, solían reunirse en el Hotel Unión, en el Hotel Paso del Norte y en los altos del Union Bank. Sus intenciones: tramar el derrocamiento de Carranza. Pero lo notable del caso fue que los conspiradores estaban vinculados con la familia Madero. En concreto, que Benjamín y Emilio Madero solían participar en las reuniones supuestamente privadas.²³

En enero de 1917, J. M. Arriola, que firmaba como jefe de los Servicios Secretos de México en Estados Unidos, fue más explícito sobre lo que sucedía en El Paso, Texas. Comunicó al secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar, su hazaña de infiltrarse sin problemas entre los felicistas utilizando el pseudónimo de Jesús Molinar. Escudándose en semejante disfraz, dijo que intervino en varias juntas. En principio, pudo enterarse de que los generales Eugenio Rascón y Miguel Villa y Frías habían dejado suelo estadounidense y dirigido a la frontera de Guatemala. Asimismo, que por el territorio estadounidense había deambulado el general Andrés Zarzoza, representante del coronel Esteban Cantú, el hombre fuerte del Distrito Norte de Baja California. Pero luego surgió un dato interesante: que el tal Zarzoza era hermano del general felicista Salvador Zarzoza, y que en una reunión confesaron ser los responsables del asesinato de los señores Cabrera, hermanos de Luis Cabrera, secretario de Hacienda de Carranza, por cuyo crimen se trató de enjuiciar al general Luque, un crimen ocurrido después de la desbandada del ejército federal en 1914. El propio agente infiltrado aseveró que, en la misma ciudad fronteriza, habían estado otros ex federales, entre ellos el ex brigadier Manuel Santibáñez, primo hermano del asesino de Jesús Carranza; los ex generales Luis S. Becerril y Justiniano Gómez, Genaro Trías, Rivero, Arnoldo Casso López, García Hernández, Joaquín Téllez, Castro, Francisco Coss, José Isabel Robles y Vito Alessio Robles, entre otros. Aprovechando las facilidades derivadas de su supuesta filiación felicista, pudo leer la correspondencia de Rafael Alcolea, cuñado de Félix Díaz, la de Pedro del Villar, de Fernando Castellet y de otros personajes más. Pero el agente lanzó una advertencia: que al igual que los cónsules carrancistas se infiltraban entre los exiliados, los felicistas hacían lo mismo en la ciudad de México. Bajo distintos disfraces, se infiltraban en las secretarías de Estado y se relacionaban con los jefes constitucionalistas.²⁴ Con qué fin: obtener información.

Nueva Orleans

J.M. Arriola logró que el general Enrique Rivero le diera una carta de presentación para hablar con el también general Manuel M. Velásquez, quien radicaba en Nueva Orleans, y utilizaba como pseudónimo el de Hegwood Brady. A raíz de ello, el infiltrado explicó al citado ex federal el panorama general del movimiento. Sin darse

²³ "Informe. Junta Reaccionaria", 18 de julio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-725(1), 1916.

²⁴ J.M. Arriola a Cándido Aguilar, El Paso, Texas, 30 de enero de 1917, en AHDM, SRE, L-E-839(7), 1917.

cuenta de que en realidad lo estaban espionando, Velásquez le confió que Eduardo Iturbide había conseguido un pequeño préstamo para la causa felicista, que no se podía utilizar debido a sus diferencias con Francisco León de la Barra. También que el propio Félix Díaz había conseguido otra cantidad, efectiva a condición que pisara suelo mexicano. Mas con el ataque de Francisco Villa a Columbus, ocurrido en marzo de 1916, todo se vino abajo. Los banqueros argumentaron que liberarían el dinero hasta que las tropas estadounidenses salieran de México. No querían aparecer como traidores a su patria, Estados Unidos. Pero dijo algo más: que el clero, con la excepción de una pequeña cantidad que le facilitó a Luis Medina Barrón, no quiso proporcionar más. Asimismo dejó entrever que el general Aureliano Blanquet, junto con Pedro del Villar y Félix Díaz, podrían conseguir más dinero en Canadá, siempre y cuando lo solicitaran. Para culminar, comentó algo a todas luces cierto: que si bien los federales estaban organizados, carecían por completo de recursos económicos. No tenían dinero.²⁵

Nueva York

El mismo agente, J.M. Arriola, completó su informe señalando que en la junta felicista de Nueva York figuraban Pedro del Villar, Fernando Castellot y Miguel González, aunque hubo otra persona que completó el cuadro de lo que sucedía en la ciudad neoyorquina: nos referimos al cónsul Domingo Barrios Gómez. En un informe rendido en marzo de 1917, con un tono cargado de humor negro, dijo que, a su juicio, Nueva York se había convertido en el lugar predilecto de los “restauradores” del orden para maquinara toda suerte de planes. Aquí los resolvían algebraicamente utilizando el instrumental científico, discutían patrióticamente la toma de Veracruz, la ocupación de México, la crisis monetaria y toda clase de problemas nacionales. ¿Quiénes eran los prominentes restauradores? Flores Magón, Calero, Del Villar, Ángeles, Eduardo Iturbide, los Madero y otros. Lo mismo en el lobby del Hotel Astoria que en el rincón de un *office building*, o en la mesa de los cabarets, discutían sesudamente la problemática mexicana. Pero era en el café Trianón donde más se conspiraba. Entre whisky y whisky, cada uno afirmaba trabajar para la causa, y al acabarse los argumentos, terminaban insultándose unos a otros. El colmo fue que, víctima del descontrol y la desorientación, Eduardo Iturbide llegó al extremo de gestionar el apoyo del gobierno estadounidense para derrocar a Carranza, presentando un documento apoyado por mil firmas, que anteriormente había presentado Flores Magón y Pedro del Villar para la causa felicista.²⁶

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ Domingo Barrios Gómez, Nueva York, 7 de marzo de 1917, texto reproducido en *El Pueblo*, 24 de marzo de 1917.

El espionaje: el juego del gato y el ratón

Resulta ingenuo suponer que los expatriados ignoraran que eran vigilados. Varios habían sido parte del engranaje porfirista y maderista, y conocían esos menesteres, sólo que ahora estaban del otro lado de la barrera. Conocían los nombres de sus verdugos, sin que se escandalizaran. Como era previsible, tarde o temprano, los expatriados realizaron trámites o gestiones en el consulado correspondiente, con la resultante de que se enfrascaban en acaloradas discusiones con los cónsules, vicecónsules y agentes, cuyo tema era la situación política del país. En otras ocasiones, sin rubor alguno, los cónsules se apersonaban directamente ante el disidente más connotado y hablaban largo y tendido. La duda es si los expatriados siempre decían la verdad. En nuestra opinión, no fue raro que jugaran al gato y al ratón. Lo realmente importante se lo guardaban y trataban en *petit comité*. Hastiados ya de tanta tomadura de pelo, no fue raro que en ocasiones se odiaran. El cónsul se ensañaba con el expatriado delatándolo y, a su vez, éste pedía directamente al gobierno mexicano que destituyera a su verdugo. El pretexto: cualquiera. Por ejemplo, el 21 de marzo de 1916, el exiliado Antonio Elosúa se presentó ante el consulado de San Diego, California, afirmando ser partidario de Carranza, ser constitucionalista, cuando todo mundo sabía que era falso. Para convencer al cónsul, le mostró algunas cartas que supuestamente le había enviado al general Pablo González; por supuesto que el cónsul no le creyó.²⁷

El 20 de mayo de 1916, *El Paso Morning Times* difundió una extraña noticia; extraña porque en su encabezado decía que el cónsul Andrés García, al servicio del gobierno de facto, debía ser deportado en el acto a causa de la gran cantidad de informes falsos que regularmente enviaba a la ciudad de México, los cuales habían provocado represalias contra los mexicanos y estadounidenses inocentes. ¿Quién promovía semejante medida? Un ciudadano de Estados Unidos que había recorrido parte de México. Para reforzar su petición, afirmó que García inventó la fábula de la muerte de Francisco Villa y era el responsable del pésimo funcionamiento del sistema de espionaje, cuyas fatales consecuencias sufrían por igual mexicanos y estadounidenses. Con los mexicanos, el resultado era explicable, no así con los estadounidenses. Cuando estos últimos regresaban a su país, después de recorrer parte de México, al pasar la frontera, los agentes de García se les acercaban para escuchar si emitía algún juicio negativo contra México. Si por desgracia ocurría así, de inmediato eran delatados y las represalias no tardaban en llegar. Cuando el estadounidense de marras viajaba nuevamente a México, se lo capturaba y expulsaba por indeseable. La nota periodística agregaba que en El Paso había centenares de personas que no podían viajar a Ciudad Juárez por temor a ser arrestados, por culpa de los informes de García.²⁸

Hubo cónsules que para ganarse la confianza de los exiliados utilizaban el viejo truco de cambiar de casaca política. Un informe consular fechado en 1918 en Nueva York aseguraba que Domingo Barrios Gómez era una auténtica “veleta” en materia

²⁷ E.A. González, cónsul en San Diego, California, 21 de marzo de 1916, en AHDM, L-E-798(23), 1916.

²⁸ Servicio Consular Mexicano, El Paso, Texas, 20 de mayo de 1916, en AHDM, SRE: L-E-800(1), 1916.

política. Cuando se hallaba en la ciudad de México, mostraba ser amigo incondicional de Carranza, y su enemigo furibundo cuando llegaba a Nueva York, sobre todo cuando se reunía con Cecilio Ocón, figura prominente en el asesinato de Francisco I. Madero, a quien en México se trataba con desprecio.²⁹ Pero el colmo ocurrió en La Habana, cuando el cónsul Hernández Ferrer comunicó a la Secretaría de Guerra y Marina algo insólito: que Emilio Querol Gómez, a quien llamaba ex general, en extremo activo en las filas felicistas, se había acercado a sus oficinas para ofrecerle la lista de todos y cada uno de sus correligionarios que pululaban por La Habana y Estados Unidos. La nota no indicaba a cambio de qué. La respuesta del cónsul fue en el sentido de que Querol Gómez le diera la citada lista, y le extendería un salvoconducto para regresar a México. Ya en suelo patrio, le sugirió a Querol Gómez presentarse en la citada secretaría para aportar más detalles sobre el asunto y recibir las instrucciones pertinentes.³⁰ Ciertas o falsas, tales denuncias no dejaban de provocar incredulidad. Y, por supuesto, no faltaron provocaciones. A mediados de abril de 1916, el cónsul de Laredo, Texas, estaba alarmado debido a que a Antonio I. Villarreal, general desertor del constitucionalismo, ya instalado en suelo estadounidense, le había dado por convencer a los jefes militares constitucionalistas de que se rebelaran. En particular enfocó sus miras sobre el general Reynaldo Garza, jefe de las armas en Nuevo Laredo, a quien seguramente conocía. Abiertamente le sugirió desconocer a Carranza y sumarse a un movimiento que el propio Villarreal planeaba.³¹

La reconquista del poder

En julio de 1914 estalló en Europa la primera guerra mundial. El suceso fue muy relevante debido a que Alemania, apoyada por Austria Hungría, buscó impedir la entrada de Estados Unidos en el conflicto. Una de las formas fue acercarse a los expatriados mexicanos ofreciéndoles algo llamativo. La ayuda suficiente para recuperar el poder político en México, e incluso hubo emisarios del káiser para pactar con esos fines. Pero la injerencia de Alemania significaba una provocación, puesto que la pretendida reconquista del poder se planeaba montar en suelo estadounidense, donde vivía el grueso de los felicistas, huertistas y convencionistas expulsados del país.

Los cálculos de Alemania no estaban hechos a la ligera. Sabían que con los civiles y militares desterrados se formaría un gran ejército, con las armas suficientes, y que sólo bastaba cruzar la frontera y montar la sede del nuevo gobierno en Chihuahua. Victoriano Huerta sería la cabeza del gobierno y Enrique C. Creel, uno de sus puntales. Lo que los alemanes y expatriados no contemplaron fue que Estados

²⁹ Servicio del consulado de Nueva York, 13 de mayo de 1918, en CEHM-Condumex, fondo XXI, carpeta 122, 1918.

³⁰ Antonio Hernández Ferrer, cónsul en La Habana, Cuba, al secretario de Guerra y Marina, 7 de septiembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-843(1), 1916.

³¹ "Sobre declaraciones hechas por el general Garza, referentes a Antonio I. Villarreal, que trató de sobornar guarnición de Nuevo Laredo", San Antonio, Texas, 17 de abril de 1916, en AHDM, SRE, L-E-801 (16), 1916.

Unidos jamás permitiría que ello ocurriera. No tolerarían que México fuera nuevamente víctima de la intranquilidad política y social.

Después de medio año de la caída de Victoriano Huerta, las heridas aún estaban abiertas. El rencor no había desaparecido y los expatriados, tanto los civiles como los militares, estaban más que dispuestos a desquitarse; el problema era cómo. Después de su estrepitosa derrota, el ejército federal estaba más que desprestigiado, y los civiles desconocían el manejo de las armas. Pero algo los sacó de su letargo y amargura. Se enteraron de que los alemanes estaban dispuestos a apoyar a Huerta y de inmediato secundaron sus planes. Su emisario, Enrique C. Creel, viajó a Barcelona para reforzar el plan. A los ojos de los expatriados, qué mejor que Victoriano Huerta para encabezar la cruzada y convertirse en su paladín. Era la persona indicada para aglutinar las distintas corrientes políticas, guiar sus pasos e instalar su gobierno provisional en la ciudad de Chihuahua. Una vez aquí, el paso siguiente consistía en lanzar un llamado a los restos del ejército federal, a los villistas desencantados, convencionistas y caudillos menores que pululaban a lo largo y ancho del territorio nacional. Reagrupadas esas fuerzas, el paso siguiente sería enfilar hacia la capital de la república y derrocar a Carranza. En forma sorprendente, el plan tuvo un eco inesperado. No sólo Huerta cruzó el océano, sino también sus dos ex secretarios de Guerra y Marina: Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet, más José Refugio Velasco, que ocupó el mismo cargo durante el interinato de Francisco S. Carvajal. Por la naturaleza de quienes lo apoyaban, se trató del movimiento que mayores posibilidades de triunfo tuvo. Claro que, al final de cuentas, como ya se dijo, Estados Unidos jamás toleraría que prosperara un movimiento detrás del cual estaba Alemania. Esto también lo sabía Carranza.

El ex presidente de la república, Victoriano Huerta

Como se ha señalado, la primera guerra mundial estalló en julio de 1914 y con ello el interés de Alemania por distraer a Estados Unidos. Una de sus tretas fue acercarse a Huerta y proponerle algo insólito: recuperar el poder político en México, lo cual, a final de cuentas, no parecía tan descabellado, aunque, obviamente, se trataba de una provocación.

A principios de 1915, Franz von Rintelen, emisario de la División de Inteligencia del Estado Mayor Alemán, viajó a Barcelona y, a nombre del káiser Guillermo II, expuso a Huerta su plan, lo cual le permitía desquitarse tanto de Carranza como de Estados Unidos por su derrocamiento.³² Lo mismo hizo Enrique C. Creel, el viejo jefe del espionaje porfirista, a quien la revolución triunfante obligó a exiliarse en Estados Unidos, donde se comportó exactamente igual que los revoltosos a los que

³² Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político* (México: Domés, 1983), 237-238. En sus memorias, tituladas *El oscuro invasor*, von Rintelen omite su viaje a Barcelona, aunque sí describe el encuentro con Huerta en Nueva York. El libro lo publicó en México la editorial Quetzal, en 1942 (véanse las pp. 152, 158-159). *The Providence Journal*, 4 de agosto de 1915, reprodujo un largo texto sobre el *affaire* Alemania-Huerta. El texto en español apareció en *El Demócrata* del 4 de octubre de 1915.

años atrás combatió. En el citado año fungía como vocero de los refugiados en suelo estadounidense y, al igual que el emisario alemán, cruzó el océano para instar a Huerta a que encabezara una cruzada contrarrevolucionaria.³³ Seducido por ambas propuestas, Victoriano Huerta dejó Barcelona y en abril de 1915 apareció en Nueva York. Según *The Mexican Herald*, la fecha de su llegada ocurrió entre el 10 y el 11 de abril, en el vapor *Antonio López*, supuestamente acompañado de Aureliano Blanquet. Según dicho diario, casi de inmediato Huerta fue víctima de dos intentos de asesinato. En vista de ello, las autoridades estadounidenses le pusieron una guardia de veinte agentes secretos con la consigna de seguirlo a todas partes. Pero algo ocurrió con Aureliano Blanquet. Se dijo que se trasladó a San Antonio, Texas, para reunirse con innumerales refugiados.³⁴

Pero aquí salta nuevamente la interrogante: ¿por qué Huerta no tuvo temor de que el gobierno estadounidense lo atrapara y entregara a Carranza?, ¿qué le hizo creer que no ocurriría eso? Cualquiera que fuese la respuesta, lo cierto fue que su traslado a Estados Unidos provocó un desplazamiento de expatriados de todos los rincones de Estados Unidos, incluso de Europa y La Habana, hacia El Paso, Texas, lugar elegido para cruzar la frontera. Procedentes de Europa llegaron sus dos ex secretarios de Guerra y Marina: Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, más José Refugio Velasco, ex titular del mismo cargo. Asimismo se le sumó un gran número de ex federales, como Pascual Orozco, José Inés Salazar, Enrique Gorostieta, José Delgado, Emilio Campa, Marcelo Caraveo, Guillermo Rubio Navarrete, Alberto T. Rasgado, Luis Medina Barrón, Ignacio A. Bravo, Eduardo Cauz, Prisciliano Cortés y otros jefes y oficiales. Entre los civiles figuraban Francisco del Toro, Manuel Garza Aldape, David de la Fuente y José María Lozano.³⁵

En teoría, junto con Félix Díaz y otros militares de alta graduación, se abría la posibilidad de que se rehiciera la cúpula del ejército federal, cuyos efectivos andaban diseminados en ambos lados de la frontera. Incluso, a diferencia de lo sucedido durante el mandato de Huerta, ahora tenían a su alcance los pertrechos suficientes en Estados Unidos para armar todo un ejército. Pero, desde un principio, sucedió algo raro: no hubo acercamiento entre Huerta y los referidos ex secretarios de Guerra y Marina. El distanciamiento fue tan grande, que se convirtió en un serio obstáculo para reunirse y operar juntos.

La llegada de Huerta a Nueva York no pasó inadvertida para el espionaje carrancista. Bulnes Tavares, asignado en Nueva York, se abocó a seguir sus pasos e informar a Carranza. Casi de inmediato, varias ciudades estadounidenses fronterizas se convirtieron en verdaderos centros de conspiración. La vigilancia de las autoridades de Estados Unidos se hizo patente en San Antonio, El Paso, Laredo, Eagle Pass, Texas, y Los Ángeles, California. Como era previsible, casi de inmediato Estados Unidos entró en acción para frustrar el movimiento. Pretender que Carranza no fue

³³ *Ibíd.*

³⁴ "El general Huerta se halla en los Estados Unidos", *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

³⁵ Meyer, *Huerta...*, 235-258.

informado de ello resulta una ingenuidad. Sorpresivamente, Carranza envió a varios emisarios para exigir al gobierno estadounidense que atrapara a Huerta y se lo entregaran para juzgarlo, lo cual equivalía a enviarlo al paredón. Los villistas repitieron semejante petición. Pasados dos meses de su arribo a Nueva York, Huerta puso en marcha su plan, pero rápidamente se truncó. El 30 de junio, *The Mexican Herald* informó que Huerta había sido aprehendido en un lugar cercano a El Paso, Texas, junto con Pascual Orozco y sus hijos Víctor y Jorge, cuando intentaban cruzar la frontera y penetrar en suelo mexicano.³⁶

Internados en Fort Bliss y luego liberados bajo fianza, Orozco escapó, pero de inmediato los Rangers desataron una feroz persecución, la cual concluyó hasta que él murió. Sumido en una fuerte depresión a causa del fracaso de su movimiento, el 12 de enero de 1916 Huerta falleció.³⁷ Apesadumbrados, sus correligionarios, congregados en gran número en El Paso, se desperdigaron. El sueño de retornar a suelo patrio se había esfumado, pero claro que siguieron siendo vigilados. Curiosamente, los alemanes tomaron distancia y no hicieron más intentos de acercarse a Huerta ni a otros militares que deambulaban en suelo estadounidense. La razón: se percataron de que Estados Unidos estaba decidido a intervenir y sabotear toda clase de movimientos que amenazaran al primer jefe.

El ex secretario de Guerra y Marina, Manuel Mondragón

Resulta difícil determinar en qué momento Manuel Mondragón se trasladó a América y si lo hizo en el mismo barco que Huerta. También resulta difícil determinar si fue llamado por éste para que lo secundara en su movimiento contrarrevolucionario. Aunque en realidad esto último resulta improbable, debido a un viejo resquemor derivado de que Huerta no sólo lo expulsó de la Secretaría de Guerra y Marina, sino también del país. Mondragón guardaba demasiado rencor. En la primera semana de julio de 1915, desde Nueva York, Bulnes Tavares afirmó que estuvo de visita en casa de su amigo Aureliano Blanquet, y se topó con la sorpresa de que ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Javier de Moure.³⁸ Probablemente Mondragón regresó a Europa, ya que en noviembre de 1916 se reportó que él salió de París rumbo a Nueva York, acompañado de diecisiete correligionarios. Y naturalmente todos lo vigilaban, incluido el ministro de México en Francia.³⁹ Después de realizar varias gestiones, Mondragón viajó a Cuba. El 5 de agosto de 1917, el sistema de espionaje carrancista reportó su llegada en un vapor. Mondragón se

³⁶ “Se dice que el general Huerta fue aprehendido”, *The Mexican Herald*, 30 de junio de 1915.

³⁷ El Paso, Texas, “Anoche murió Victoriano Huerta”, 13 de enero de 1916 (recorte de un periódico sin nombre), en AHDM, SRE, Genaro Estrada, legajo 6.

³⁸ A. Bulnes Tavares a Venustiano Carranza, Nueva York, 7 de julio de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XX1, caja 44.

³⁹ Ministro Ancona a Cándido Aguilar, París, 17 de noviembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-839/legajo 5.

entrevistó con los generales Medina Barrón y Joaquín Maas, entre otros residentes aquí.⁴⁰

Desde Brownsville, Texas, Ignacio Bravo Betancourt le lanzó un reto: sumarse al campo de lucha felicista. El 18 de febrero de 1918 le espetó: “¿Sería usted capaz, si yo le pongo un cable, de venir a México, para tomar su puesto en el lugar que le corresponde?”. Más adelante le dijo: “Si se resuelve a nuestro favor, la puerta está enteramente abierta”.⁴¹ Después de un viaje relámpago a Estados Unidos, el 28 de febrero de 1918, Mondragón estaba otra vez en La Habana. En esta ocasión, llegó acompañado del general Reynaldo Díaz, su subordinado en el ejército federal. Durante su estancia en la capital cubana, se entrevistó de nuevo con varios expatriados. Sólo que, al parecer, no fue para montar un movimiento contrarrevolucionario, sino para formar una compañía mercantil, explotar un astillero y construir un dique cerca de esta ciudad, bajo el patrocinio del gobierno de la isla. Entre los socios potenciales figuraban el ministro de Instrucción Pública de Cuba, el de Guerra, más dos o tres capitalistas cubanos, pero todo dependía del visto bueno del gobierno de Washington para iniciar los trabajos. Eso sí, en sus ratos libres se reunía con la comunidad mexicana en la isla para conspirar y denostar al gobierno de Carranza.⁴² A los pocos días, el ex secretario de Guerra y Marina salió nuevamente para Estados Unidos. Justo el 1º de mayo de 1919, un informe firmado por el cónsul de Nueva York, Bernardino Mena Brito, indicaba que Manuel Mondragón se encontraba de incógnito en la ciudad citada, con la intención de internarse furtivamente en México.⁴³ Simultáneamente, la prensa mexicana señaló que ello era cierto y que incluso había desembarcado en las costas veracruzanas para sustituir al recién fallecido Aureliano Blanquet. Mas todo fue completamente falso.⁴⁴ Mondragón zarpó para Europa y jamás regresó a América.

El ex secretario de Guerra y Marina, Aureliano Blanquet

En realidad, entre Aureliano Blanquet y Huerta ya no hubo mayor acercamiento. En el destierro rompieron relaciones, lo cual no deja de llamar la atención. Ambos fueron derribados por la revolución y salieron del país en el mismo barco rumbo a Europa. Pero al llegar ahí se separaron, al parecer para siempre. Ya no hubo comunicación entre sí. Curiosamente, con el tiempo, en lugar de acercarse a Huerta, Blanquet lo hizo con su viejo rival, Félix Díaz. El 9 de mayo de 1915, *El Demócrata*, de filiación carrancista, difundió un cable procedente de Eagle Pass, que decía que Blanquet, el

⁴⁰ Alberto Franco, encargado de negocios, al subsecretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 5 de agosto de 1917, en AHDM, SRR, L-E-839/legajo 5.

⁴¹ Ignacio Bravo Betancourt a Manuel Mondragón, Brownsville, Texas, 18 de febrero de 1918, en CEHM-Condumex, Fondo DCXX1, documento de Félix Díaz, 1917-1920, volumen 2.

⁴² Alberto Franco, encargado de negocios, al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 28 de febrero de 1918, en AHDM, SRE, S 17, caja 11, expediente 222.

⁴³ Bernardo Mena Brito, “Servicio consular mexicano”, en AHDM, SRE-L-E-839/legajo 9.

⁴⁴ “¿Desembarcó Mondragón?”, *El Universal*, 10 de mayo de 1919.

cómplice de Huerta, viajaba a Estados Unidos. Narraba que salió de la ciudad de San Sebastián, con dirección a Nueva Orleans, paraíso felicista, y que seguramente se instalaría en San Antonio, Texas. Eso sí: afirmaba que su arribo fue posterior al de Huerta.⁴⁵ En cambio, *The Mexican Herald* afirmaba que Aureliano Blanquet desembarcó en Nueva York junto con Huerta y el general José Delgado, procedentes de España. Se reiteraba que cruzaron el océano a bordo del vapor *Antonio López*, de la Compañía Trasatlántica Española. Pero sucede que José Delgado jamás estuvo en España, sino en México, en las filas villistas. Y respecto del arribo de Blanquet, mencionó que el dato estaba por verificarse, lo cual nunca se realizó. Líneas más adelante, la misma fuente periodística aseguraba que Blanquet se había desplazado de Nueva York a San Antonio, Texas. Después de hospedarse en un céntrico hotel, recibió un gran número de mexicanos ahí refugiados.⁴⁶ El 20 de mayo del mismo año, *The Mexican Herald* siguió causando confusión al insistir en que la llegada de Huerta y Blanquet a Nueva York era cierta. Incluso, que la familia de Huerta, compuesta por más de treinta personas, había llegado una semana antes a bordo del vapor español *Manuel Calvo*, procedente de Barcelona. Lo mismo ocurrió con la familia de Blanquet. Aunque en los días sucesivos ya no se mencionó que hubieran llegado juntos procedentes de Europa, ni que planearan algo.⁴⁷

Lo más probable es que Huerta y Blanquet llegaron al continente americano por separado. Como se ha señalado, en la primera semana de julio de 1915, Bulnes Tavares afirmó que estuvo de visita en casa de Aureliano Blanquet, y se topó con la sorpresa de que ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Javier de Moure. Previendo posibles fricciones, evitaron hablar de política. Mas lo que Bulnes Tavares hizo público fue que Huerta y Blanquet estaban distanciados, que habían roto en el destierro, que no se comunicaban. Por cierto, Bulnes Tavares mostró extremas simpatías por Blanquet, al que dijo conocer desde hacía más de veinte años. Justo por tales razones podía asegurar que todas las maledicencias que se lanzaban contra su persona eran producto de intrigas, viles calumnias y mentiras, que metía las manos al fuego por él, al igual que por Javier de Moure, no así por los demás. En cambio, dijo que quizá todas las acusaciones lanzadas contra Huerta eran ciertas. De cualquier forma, prometió vigilar a todos los expatriados, incluido su amigo Blanquet, y dar cuenta de sus pasos.⁴⁸

En marzo de 1916, se rumoró que Blanquet estaba en La Habana, lo cual no se confirmó.⁴⁹ Hacia 1918 se supo que el ex secretario de Guerra y Marina figuraba en el directorio de la Junta Felicista, con sede en Nueva York, al lado de Manuel Garza Aldape, Pedro del Villar, Martínez Carrillo, Alonso Mariscal, Ricardo del Río, Vicente Sánchez Gavito, Enrique Santibáñez, Ricardo García Granados, Leopoldo

⁴⁵ "Blanquet, el cómplice de Huerta viene a Estados Unidos", *El Demócrata*, 9 de mayo de 1915.

⁴⁶ "El general Huerta se halla en los Estados Unidos", *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

⁴⁷ "V. Huerta vivirá cerca de New York", *The Mexican Herald*, 20 de mayo de 1915.

⁴⁸ A. Bulnes Tavares a Venustiano Carranza, Nueva York, 7 de julio de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XX1, carpeta 44.

⁴⁹ Antonio Henández Ferrer, Servicio Consular Mexicano, La Habana, 23 de marzo de 1916, en AHDM, SRE (3), 1916.

Rebollar e Ignacio Peláez. Se especulaba que, para pasar inadvertido, Blanquet utilizaba como seudónimos los de Alfonso Gutiérrez y A.B. Torres.⁵⁰ Involucrado de lleno en el movimiento felicista, en los primeros días de abril de 1919, el Departamento de Estado informó que Blanquet había cruzado la frontera y penetrado en suelo mexicano. La finalidad: asumir en el terreno de los hechos su papel de segundo comandante de las Fuerzas Revolucionarias, encabezadas por Félix Díaz. Una vez que Blanquet tocó tierra mexicana, los funcionarios del Departamento de Estado señalaron que ya nada tenían que hacer ni decir, que el problema debía ser afrontado por el gobierno de México.⁵¹ Por cierto, antes de dejar Nueva York, Blanquet les dijo a sus amigos: “Nos vemos en México o en la eternidad”. Efectivamente, vino a México a perder la vida. El 19 de abril de 1919 se supo que, además de Blanquet, habían muerto el general Luis Amado y el coronel Traslosheros. Habían caído víctimas de la persecución de las fuerzas carrancistas.⁵²

El ex secretario de Guerra y Marina, José Refugio Velasco

A la caída del viejo régimen, Porfirio Díaz se refugió en París; Victoriano Huerta, en Barcelona; Manuel Mondragón, en San Sebastián, y José Refugio Velasco se instaló en Santander, España. Lo curioso fue que no se buscaran. Como otros muchos exiliados, en los primeros meses de 1915, José Refugio Velasco se enteró de que varios de sus compañeros de armas se habían congregado en San Antonio, Texas, para fundar la Alianza Pacificadora Mexicana. Semanas más tarde, supo que Huerta retornó a América dispuesto a recuperar el poder político. Coincidentemente, José Refugio Velasco, el último secretario de Guerra y Marina del régimen anterior, decidió abandonar suelo ibérico y trasladarse a Estados Unidos, concretamente a Los Ángeles, California. Si bien salió del país en la tercera semana de septiembre de 1914, ocurre que su estadía en Europa duró poco más de medio año. Esto se verifica con el hecho de que en junio de 1915 vivía en Los Ángeles, California.⁵³ Resulta difícil determinar si su traslado al continente americano se debió a su interés por sumarse a la cruzada huertista o fue meramente incidental. Lo que resulta cierto es que José Refugio Velasco no figuró entre los que secundaron a Huerta, tampoco se mezcló en conspiración alguna. Una hipótesis alternativa indica que, al enterarse de que estaba siendo atacado en Estados Unidos por disolver al ejército federal, decidió cambiar su lugar de residencia, para defenderse. Sólo que aquí la mayoría de sus compañeros de armas le dieron la espalda. A la acusación anterior añadieron la de

⁵⁰ Charles J. Jones, “Informes”, en AHDM, SRE, L-E 837/legajo 12.

⁵¹ Consulado de México en Toronto, 4 de abril de 1919, en AHDM, SRE, L-E 804/legajo 5.

⁵² “Editoriales de *El Pueblo*”, 19 de abril de 1919, en al CEHM-Condumex, manuscritos de Venustiano Carranza, fondo XXI, caja 132, y Legación de los Estados Unidos Mexicanos en Brasil, 19 de abril de 1919, en al AHDM, SRE, L-E-804/legajo 5. “Nos vemos en México o en la eternidad, dijo Blanquet a sus amigos al salir de Nueva York”, *El Universal*, 18 de abril de 1919.

⁵³ Miguel S. Ramos, *Un soldado. Gral. José Refugio Velasco* (México: Oasis, 1960), 167; Michael C. Meyer, *El rebelde del Norte. Pascual Orozco y la revolución* (México: UNAM, 1984), 144.

traidor a la patria por dos razones: primera, porque supuestamente pactó la entrega de la plaza de Torreón con los villistas y, segunda, porque ante el vacío de poder registrado en agosto de 1914, se negó a asumir el poder político en México, ocupar la silla presidencial que por ley le correspondía. Pero lo que también llama la atención fue que, no obstante haber sido secretario de Guerra y Marina en el gabinete de Francisco S. Carvajal, y este último vivir en Estados Unidos, concretamente en Nueva Orleans y en Pax Christian, Luisiana, no se buscaran.⁵⁴ Tampoco hubo contacto con Manuel Mondragón o Aureliano Blanquet, sus antecesores en la Secretaría de Guerra y Marina. La indiferencia fue completa. Velasco, al igual que otros de sus compañeros de armas, ya no se movió. Se sumergió en el aislamiento y la soledad. Desde su domicilio en Los Ángeles, California, observó el curso de los acontecimientos en México, viviendo en condiciones precarias. Al ser víctima de una mortal enfermedad, tuvo que ser rescatado por su familia.

Félix Díaz, el único valiente que “se la jugó”

Como era previsible, el fracaso de la cruzada comandada por Victoriano Huerta para recuperar el poder político produjo una conmoción brutal entre los exiliados. Civiles y militares quedaron estupefactos. Lo sorprendente fue que no entraran al quite Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet y José Refugio Velasco. Ninguno tuvo las agallas suficientes para reemplazarlo. El descontrol fue absoluto y terminaron enfrascándose en discusiones vacuas, en culparse mutuamente por la caída del viejo régimen, por su fracaso y por la disolución del ejército federal. Pero, intempestivamente, hubo un personaje que salió al quite. Nos referimos a Félix Díaz. Radicado en Nueva Orleans, entró en acción, pero, ¿qué lo empujó a ello? Como en las *vendettas* sicilianas, era víctima de un enorme resentimiento. Le provocaba demasiada indignación la forma en que su tío fue desalojado de la silla presidencial por Francisco I. Madero.

Pero hubo otro hecho que agrandó su amargura: no entendía cómo es que años atrás permitió que Huerta lo envolviera en sus jugarretas, que jugara con él y prácticamente lo sacara del país. Por éstas y otras razones, consideró que su obligación era retornar a México y quitar de la silla presidencial a Carranza y compañía. En principio, varios ex federales expatriados lo apoyaron, pero, a la hora decisiva, se arrepintieron y no lo apoyaron. Sin importarle la mezquindad de sus compatriotas, Félix Díaz puso manos a la obra. Previo montaje de una vasta red de contactos en Estados Unidos, La Habana y Guatemala, en marzo de 1916 penetró en suelo mexicano, prácticamente solo. No obstante que era vigilado por la Secretaría de Estado del vecino país del Norte, que de antemano sabía que Félix Díaz se preparaba para cruzar la frontera y derrocar a Carranza, a la mera hora se les escapó. Lo que llama la atención fue que tampoco el sistema de espionaje mexicano detectó su entrada. Así, Félix Díaz entró a suelo mexicano sin grandes problemas. Pero casi nadie lo

⁵⁴ Sax, *Los mexicanos...*, 65-67.

esperó con los brazos abiertos para secundarlo. No obstante esta decepción, similar a la experimentada en Estados Unidos, siguió adelante. Ya no hubo forma de arrepentirse ni de echarse para atrás.⁵⁵

¿La Iglesia católica en la conspiración?

Sobresale el hecho de que, no obstante que la mayor parte del episcopado vivía en San Antonio, Texas, no fuera objeto de vigilancia especial. Los dignatarios de la Iglesia no intervinieron en conspiración alguna o lo hicieron tan subrepticamente que casi nadie lo notó. Pero existe un hecho que llama la atención: a mediados de abril de 1915, desde Nueva Orleans, el paraíso de los felicistas, circuló un extraño rumor que involucraba a la Iglesia católica romana. Se hablaba de una junta secreta celebrada en la casa de Félix Díaz, en la que intervino el cardenal James Gibbons, el arzobispo José Mora y del Río, dirigentes del Partido Católico, aristócratas y prominentes católicos mexicanos, para discutir algo trascendental: apoyar la expedición de Félix Díaz, que algunos calificaban de filibustera. Entre otras cosas, se dijo que el plan contemplaba formar un ejército de doscientos mil hombres, veinte mil de los cuales ya estaban en pie de guerra. Ante el cardenal Gibbons, Mora y del Río, juró que la Iglesia católica estaba dispuesta a contribuir con diez millones de dólares, una cantidad realmente fantástica. Asimismo, dijo que un grupo de capitalistas mexicanos había empeñado sus propiedades para engrosar la suma. Pero hubo algo más: que si era necesario, el papa podía exigir a la Iglesia católica estadounidense que hipotecara varias de sus propiedades, todo en aras de la causa felicista. Lo descabellado fue que se especuló que, tarde o temprano, los doscientos mil soldados serían manejados desde Roma por el papa, para invadir México y derrocar a Carranza. De ser cierto, en realidad los conspiradores tramaban un complot papal. Lo de apoyar a Félix Díaz fue un pretexto. Como el autor del informe, de tinte más bien fantástico que real, no quiso ser identificado, firmaba como Carlos Félix Díaz.⁵⁶ Esto último se presta a sospechas. Pudo haber sido un émulo de Indalecio Jiménez o él mismo. La razón: la denuncia de Jiménez anteriormente citada también surgió en San Antonio, Texas.

Un año más tarde, en marzo de 1916 para ser exactos, el cónsul general en La Habana, Antonio Fernández Ferrer, informó que el cardenal Gibbons había montado un vasto movimiento armado conducente a llevar a Félix Díaz al poder. Sus

⁵⁵ Sobre la campaña de Félix Díaz en suelo mexicano, la información más importante se encuentra en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, archivo que lleva su nombre y que se encuentra en CEHM-Conдумex. En el primero vale la pena consultar los expedientes L-E-835; la letra L-E-810; la letra L-E-843 y las mismas siglas L-E-798; la letra S. 16, caja 17, expediente 11, y la S. 17, caja 8, expediente 112. En el segundo caso, se trata prácticamente de todo el archivo. Como fuente secundaria básica se tiene a Liceaga, *Félix Díaz*, 364.

⁵⁶ Carlos Félix Díaz, "Más dificultades para México", Consulado de Nueva Orleans, 13 de abril de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 38, legajo 4131.

pilares de apoyo: los “clericales”, científicos y felicistas radicados en la isla, aliados a los cubanos y chilenos de la misma filiación religiosa. Agregó que el citado cardenal había puesto no sólo su apoyo moral al servicio del movimiento, sino el económico. Pero hubo algo más: que si bien tenían a su alcance toda suerte de armas y municiones en Estados Unidos, el clero contaba con una reserva especial de armas y parque almacenados en la República de Chile. Originalmente dicho material de guerra fue adquirido por el gobierno de Victoriano Huerta en Alemania, pero, debido a su intempestiva caída, fue abandonado y era hora de recuperarlo. La nota tiene cierta dosis de credibilidad, ya que por esas fechas Félix Díaz había salido de Nueva Orleans con rumbo a suelo mexicano.⁵⁷

Planes para asesinar a Carranza

Al igual que con Huerta, también hubo rumores sobre el asesinato del primer jefe. Enemigos los tuvo por doquier, tanto en México como en el extranjero. Algunos surgieron en México; otros tantos en los santuarios de los desterrados. En septiembre de 1914, en la ciudad de México, corrió un rumor bastante extraño, consistente en que un comando armado planeaba asesinar a Carranza. Sus cabezas: dos anarquistas de nacionalidad española llamados Benigno Fernández y José Anaya. La razón: para los anarquistas de marras, Carranza, al igual que Madero en su tiempo, era un traidor, y había que desaparecerlo de la faz de la tierra.⁵⁸ En 1916, se repitió el mismo rumor. En este caso sí se involucraba a los exiliados. El cónsul de El Paso, Texas, informó que durante una junta verificada el 7 de septiembre, un grupo de legalistas, casi todos desconocidos, planearon asesinar a Carranza. Algunos de los complotistas eran Gaudelio Jiménez, Francisco Fernández y un representante de la Casa del Obrero Mundial, de apellido Paredes. Pero luego vino algo escalofriante. Que, para el mejor éxito de la empresa, se contaba con una parte de las fuerzas del general Pablo González, más los obreros de las fábricas de armas y cartuchos. La fecha del atentado estipulada era el 15 de septiembre, en plena celebración de las fiestas patrias. Los obreros aprehenderían al mandatario, a su gabinete, incluido Álvaro Obregón, e inmediatamente los ejecutarían. Para evitar ser culpados de sus muertes, se montaría un escenario que diera a entender que habían caído durante la refriega. A continuación, los golpistas se dirigirían a la cárcel de Belén, a la prisión militar de Santiago y a la Penitenciaría, para liberar a todos los presos. Logrado su propósito, atacarían los cuarteles y desarmarían las fuerzas leales. Pero en su informe, el cónsul sacó a colación un dato nuevo: que al quedar en libertad Lucio Blanco, probablemente recluido en uno de esos presidios, sería proclamado jefe del movimiento.

⁵⁷ “Antonio Fernández Ferrer, Servicio Consular Mexicano”, La Habana, 2 de marzo de 1916, en AHDM, SRE, L-E-798(3), 1916.

⁵⁸ A Venustiano Carranza, 19 de septiembre de 1914, en CEHM-Conдумex, 19 de septiembre de 1914, f. XXI, carpeta 16, legajo 1567.

Aunque, en caso de que fracasara el movimiento, los comprometidos planeaban escapar y refugiarse en los dominios de Emiliano Zapata.⁵⁹

El 22 de marzo de 1917 se repitió el rumor. Desde La Habana, un personaje llamado Antonio Branchi le hizo saber a Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores, que Luis Medina Barrón, general del extinto ejército federal, había llegado a La Habana. El tal Branchi, quien se jactaba de mezclarse sin problema entre los ex federales, habló largo y tendido con Medina Barrón sobre sus planes. Hablaron de Aureliano Blanquet, quien en ese entonces estaba en Estados Unidos arreglando todo lo relativo a la campaña felicista, de Gaudencio de la Llave, jefe de la escolta de Félix Díaz, de Francisco Villa y de los elementos de guerra que arrebató a los carrancistas en sus combates en Parral, en Bachimba y de la paliza que le dio a Francisco Murguía. Con todo ello se había formado un verdadero arsenal. Pero, de buenas a primeras, Medina Barrón le habló de un plan para asesinar al primer jefe, incluso que había tres generales constitucionalistas dispuestos a secundarlos. La fecha exacta del estallido del movimiento se fijaría cuando Aureliano Blanquet pisara suelo mexicano. Entre otras cosas, se planeaba dinamitar los trenes que circulaban entre la ciudad de México y Veracruz, con la finalidad de que quedaran incomunicadas. Cumplida esta primera etapa, Francisco Villa y Félix Díaz avanzarían sobre la capital mexicana. Se atraparía a Carranza, a Cándido Aguilar, al intendente de Palacio Nacional y se los fusilaría. Pero luego Medina Barrón salió con que no era el único plan. Le habló de otro. Que en la capital de México había tres anarquistas: dos italianos y un mexicano, que también pretendían asesinar a Carranza.⁶⁰ Al final de cuentas, ni un plan ni otro prosperaron. Todo quedó en meros rumores.

El plan citado por Medina Barrón pudo ser falso, una tomadura de pelo, pero pasado el tiempo, desde Los Ángeles, California, Heriberto Villarino conversó con Gerardo Murillo, el famoso Dr. Atl, quien hizo referencia a un complot para asesinar a Carranza, todo por simpatizar con Alemania. La fecha: febrero de 1917, después de una manifestación. En el montaje del cuartelazo participarían el gremio de los obreros, los contingentes de artillería de la capital mexicana, las tropas acantonadas en Querétaro y en siete estados más. Aunque, debido a un suceso fortuito, todo se vino abajo, Carranza ordenó al inspector de policía, general Carpio, involucrado en el complot, que sitiara a los obreros, y que a la menor provocación abriera fuego. Con ello quedó maniatado. Para arruinar el cuadro, en plena manifestación, una persona pasó en automóvil disparando al aire, dando lugar a que los obreros se atemorizaran y huyeran. Hechas las investigaciones, se descubrió el complot y el Dr. Atl tuvo que huir de México y exiliarse en Los Ángeles, California.⁶¹

⁵⁹ Consulado de El Paso, Texas, "Informe", 8 de septiembre de 1914, en AHDM, SRE, L-E-799(17)1916.

El 10 de septiembre de 1916, el cónsul de La Habana, Andrés García, insistió en los planes de asesinato de Carranza —véase AHDM, SRE: L-E-799(17)1916—. Un documento llamado "Asuntos Revolucionarios Interiores", del 14 de octubre de 1916, lo confirma. El texto está en AHDM, SRE, L-E-842(1), 1916.

⁶⁰ Antonio Branchi a Cándido Aguilar, La Habana, 22 de marzo de 1917, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 111, 1917.

⁶¹ Heriberto Villarino, Los Ángeles, California, 31 de mayo de 1918, en AHDM, SRE, L-E-842/legajo 6.

¿Mexicanos prestos a servir en el ejército estadounidense?

Desde el inicio, Estados Unidos no pudo sustraerse del ambiente bélico que se vivía en el otro lado del océano. Previendo que tarde o temprano quedarían involucrados, su gobierno tomó precauciones: la principal, fortaleciendo al ejército. Fijó sus miras tanto entre sus conciudadanos como entre los mexicanos. En mayo de 1916, un telegrama publicado en *El Progreso*, de San Antonio, Texas, dio cuenta de que un grupo de mexicanos residentes en San Benito había solicitado a las autoridades de Estados Unidos su interés en prestar sus servicios en el ejército. El diario de referencia comentó la noticia llamando a los mexicanos “americanos prietos”, lo cual ofendió a las autoridades de Laredo, Texas, identificadas supuestamente con los “científicos”. El fiscal de distrito, por cierto ahijado de Porfirio Díaz, dictó una orden de aprehensión contra el director de *El Progreso*, Leo D. Walker. Con la orden en mano, los Rangers la cumplieron en los momentos en que hablaba con algunas personas en el Hotel Bender. No obstante las gestiones de sus abogados, Walker permaneció un día incomunicado en la cárcel del condado. Al final de cuentas, obtuvo su libertad mediante una fianza de cinco mil dólares.⁶² Todo por acuñar el término “americanos prietos”.

Enardecidos por la conducta de los vecinos de San Benito, los ideólogos de Carranza saltaron a la palestra. Atacaron por igual a los redactores del diario como a los candidatos a vestir el uniforme de marines. Por medio del diario *El Pueblo*, se dijo que el telegrama publicado en *El Progreso*, de San Antonio, Texas, era una prueba del vil libertinaje que imperaba entre la prensa tejana, “donde nuestros compatriotas” eran “tratados peor que los negros” y donde las garantías no eran más que mitos. Pero luego se lanzó contra los mexicanos. Dijo que, por desgracia, tales mexicanos habían “descendido a los más bajos fondos de la cobardía y de la infamia. Habían contraído, ante la Nación y ante la Historia, la terrible responsabilidad, la más indigna, la más repugnante, el más odioso de los crímenes, la Traición a la Patria”, todo por aspirar a formar parte del ejército estadounidense. Juró que indagarían sus nombres para hacerlos del conocimiento público, para que la sociedad los identificara, los rechazara, que marcara sus frentes con el sello fatídico de la ignominia. Inmerso en la histeria absoluta, agregó que al tratarse de una traición a la patria, era menester castigarlos rompiendo sus cráneos con un gran mazo de plomo, marcar sus pechos con hierro candente y azotar su satánica faz de renegados con un látigo. Y es que sumarse a un ejército extranjero, aun inspirados en fines quijotescos, era indigno y significaba golpear a la madre patria en momentos en que México tenía la necesidad del esfuerzo de todos sus hijos.⁶³

Como era previsible, al final de cuentas, Estados Unidos entró en la primera guerra mundial. A raíz de ello, en abril de 1917, se revivió el rumor del posible reclutamiento de mexicanos. En concreto, se habló de que los trabajadores agrícolas eran firmes candidatos para enlistarse en el ejército de Estados Unidos. A unos les

⁶² “Un crimen de lesa patria”, *El Pueblo*, 23 de mayo de 1916.

⁶³ *Ibíd.*

desagradaba la idea, pero a otros no. Al mes siguiente, un grupo de tales trabajadores se espantó y decidió regresar a suelo patrio. Al enterarse de ello, los dueños de las compañías agrícolas, particularmente de Santa Fe, buscaron impedirlo, ya que corrían el riesgo de quedarse sin mano de obra. Contrataron a diversos emisarios para recorrer los campos ubicados a lo largo de la frontera y propagar que México no tenía gobierno y, por ende, reinaba la anarquía. En resumidas cuentas, era preferible permanecer en Estados Unidos, donde para nada serían molestados. El ex general Luis Emeterio Torres se convirtió en el más conspicuo de tales emisarios. Una compañía de Santa Fe le pagó cien pesos mensuales y cubrió sus gastos de transporte para convencer a los mexicanos de la necesidad de permanecer en suelo estadounidense. El argumento utilizado por el ex general Luis Emeterio Torres fue que Carranza había dado la orden de atraparlos y ejecutarlos.⁶⁴

El ataque villista a Columbus

Con la victoria de Obregón sobre Francisco Villa, ocurrida a mediados de 1915, la aprehensión de Huerta en suelo estadounidense, el asesinato de Pascual Orozco, la indecisión y cobardía de Mondragón, Blanquet, José Refugio Velasco y de otros más, la campaña incierta de Félix Díaz en suelo mexicano, el camino quedó despejado para el primer jefe. Realmente ya no hubo más amenazas serias. Tuvo frente a sí todas las de ganar para consolidarse en el poder. De paso, Estados Unidos sancionó su gobierno mediante el reconocimiento de facto. Lo único que empañó el panorama fue un hecho con tinte provocador: enfurecido por el reconocimiento que Estados Unidos hizo en pro del gobierno de Carranza, Villa se desquitó. Declaró la guerra a muerte a todos los estadounidenses, y en enero de 1916 ordenó una cruel matanza en Santa Isabel, donde fueron asesinadas diecisiete personas de esa nacionalidad. Como era natural, la opinión pública de Estados Unidos se exaltó y Wilson conminó a Carranza para que persiguiera al bandolero y evitara la repetición de semejantes atentados. Carranza hizo mutis y desatendió la petición. A principios de marzo, al frente de una gavilla, Villa cruzó la frontera y atacó el poblado de Columbus, haciendo pedazos la guarnición, asesinando a algunos civiles y quemando varias casas. El ataque y saqueo duró unas horas, y Villa regresó a México. Ante la indiferencia de Carranza para poner freno a tales desmanes, Woodrow Wilson ordenó al general Pershing perseguir a Villa en suelo mexicano. Se trata de la llamada expedición punitiva.⁶⁵

Como resultado de la incursión de Villa en suelo estadounidense, así como de la entrada de las tropas de Estados Unidos en México, brotó el descontento y la indignación en ambos lados de la frontera. Mas, ¿quiénes fueron los culpables de las tropelías de Villa? De ninguna manera los desterrados. Estos últimos eran enemigos

⁶⁴ Informe de Ricardo Cuevas, cónsul en Los Ángeles, California, 23 de mayo de 1917, en AHDM, SRE, L-E-810(1), 1915-1916.

⁶⁵ Sax, *Los mexicanos...*, 9.

de Carranza y de Villa. Para ellos, al permitir la entrada de tropas extranjeras, Carranza dio pauta a la violación de la soberanía nacional. Resultaba peor que la invasión al puerto de Veracruz en 1914. De ahí que, sin tapujos, calificaran a Carranza de traidor. De este lado de la frontera, los carrancistas adujeron que los expatriados eran los traidores y que vendrían mezclados con las tropas de Pershing fortaleciendo la columna invasora. En medio de la guerra verbal, no fueron pocos los civiles y militares refugiados al sur de Estados Unidos que se dirigieron a las sedes consulares para ofrecer sus servicios en caso de que estallara una guerra entre ambos países. Como Carranza no estaba interesado en enfrascarse en guerra alguna, los cónsules se limitaron a tomar nota del ofrecimiento y les dijeron que esperaran la respuesta oficial, la cual jamás llegó. En otros casos, les comentaron, en forma socarrona, que como nadie los había corrido del país, ningún problema había para que regresaran. A pesar de ello, hubo rumores de que si cruzaban la frontera lo más probable era que los atraparan y fusilaran. La razón: su supuesta complicidad con Villa, obstinado en provocar un conflicto internacional. A fines de marzo de 1916, Nemesio García Naranjo, Manuel Garza Aldape, Ricardo Gómez Robelo y otros refugiados en San Antonio, Texas, se presentaron ante el cónsul Teódulo Beltrán, ofreciendo sus servicios. Beltrán les contestó que telegrafiaría a su gobierno sobre el ofrecimiento, y éste jamás contestó. Los generales José Alessio Robles y Vicente Calero solicitaron permiso a los jefes carrancistas de las guarniciones de Piedras Negras y Nuevo Laredo para cruzar la línea divisoria y defender la patria en caso de una guerra con Estados Unidos. El primero recibió una respuesta negativa; mientras que al segundo se le pidió firmar un documento de adhesión incondicional a Carranza, abjurando de su pasado huertista.⁶⁶

De cualquier forma, en marzo de 1916, *El Pueblo*, un diario al servicio de Carranza, informó que las autoridades estadounidenses se aprestaban a meter en orden a los agitadores. La advertencia fue clara: toda persona que conspirara, difundiera intrigas o rumores malintencionados que afectaran la imagen del gobierno constitucionalista sería deportada a México, donde recibiría el merecido castigo. Al enterarse de semejante amenaza, cundió la alarma entre los santuarios ubicados a lo largo de la frontera.⁶⁷

Como Carranza no tenía la menor intención de frenar las tropelías de Villa ni de sacar a los estadounidenses de suelo patrio, buscó nulificar las acusaciones de traición a la patria. Utilizó como vocero a Álvaro Obregón. En una manifestación ocurrida en junio de 1916 en la ciudad de México, dijo: “No hay que olvidar que en caso de guerra los primeros que entrarán a nuestro territorio serán mexicanos con el bigote rasurado y mascando tabaco, pues las pasadas administraciones crearon monstruos de perfidia y de maldad; pero no hay que temerles, sabremos darles la muerte que merecen”. En otra señaló: “Nosotros formaremos la vanguardia, a vosotros está encomendada la retaguardia. No importa que falten armas, al cabo [que] para colgar frailes, traidores y científicos no es necesario estar armados”.⁶⁸ Jamás habló de colgar a los

⁶⁶ Sax, *Los mexicanos...*, 11-12.

⁶⁷ “Deportación de reaccionarios”, *El Pueblo*, 27 de marzo de 1916.

⁶⁸ *Ibíd.*, 11.

miembros de la expedición punitiva ni a las huestes villistas. Pero eso no fue todo. En mayo de 1916, el diario *El Pueblo* publicó un encabezado que decía: “Los reaccionarios y los traidores que conspiran contra México”. A continuación calificó de insensatos a los expatriados por llamar traidor a Carranza, y arremetió contra todos:

Los villistas, huertistas, felixistas y demás enemigos de la Revolución han dicho que don Venustiano Carranza es un traidor. Han arrojado el oprobio de esta palabra, la que sirve de expresión al peor de los crímenes humanos, la que es el estigma de la más horrorosa bajeza, pero nadie ha probado, ni siquiera apoyado, sus decires, en razonamiento alguno.

Lo mismo el canallesco artículo preñado de sofismas, dictado por el cerebro cuya fuerza ha sido destinada al mal, que el libelo nacido en el cerebro obtuso de un mandril reaccionario, con el desahogo de un rencor de fiera herida, con el instinto de un reptil aplastado, lanzan a diario su denuesto, que se vuelve hacia ellos, convertido en maldición y que les quema sus espaldas como un látigo de lumbre.⁶⁹

Luego expuso las razones por las cuales Carranza no hizo frente a la expedición punitiva ni a los villistas: no tuvo los suficientes elementos para hacerles frente. Así de simple. A continuación, *El Pueblo* señaló que una guerra con Estados Unidos no sería una guerra de corta duración, sino muy larga. Y lo peor: involucraría no sólo a México y a Estados Unidos, sino a todo lo que llamaba “intereses latinos de América”,⁷⁰ a todo el continente latinoamericano. Pero Carranza utilizó otro ardid. En junio de 1916, se difundió que una turba de carrancistas solía reunirse en un teatro de la ciudad de Chihuahua y luego salía a las calles vociferando contra los estadounidenses, lapidando a su paso los edificios, incluso arrancando el escudo del consulado de Estados Unidos. Para los redactores de *El Paso Morning Times*, era evidente que el movimiento antiestadunidense era fomentado por los jefes militares carrancistas. Aseguró que las masas mexicanas eran ignorantes e indiferentes ante las cuestiones políticas, y que sólo se movían si alguien las incitaba, y tocaba las fibras de su acendrado nacionalismo. Enterado de esos desmanes, el cónsul Andrés G. García se puso en contacto con Cándido Aguilar para transmitirle el malestar existente en el otro lado de la frontera.⁷¹ Con el paso de los días, las acusaciones tanto en un sentido como en otro cedieron.

Superada la tempestad: la reelección del primer jefe

De hecho, a mediados de 1916 todo había terminado. Los embates de los expatriados se diluyeron y Carranza se abocó a normalizar la vida económica y política

⁶⁹ Véanse “Los reaccionarios y los traidores que conspiran contra México”, *El Pueblo*, 20 de mayo de 1916; “Traidores”, *El Pueblo*, 8 de mayo de 1916, y “La revolución y la reacción en extranjero”, *El Pueblo*, 16 de mayo de 1916.

⁷⁰ *Ibíd.*

⁷¹ El cónsul Andrés García a Cándido Aguilar, El Paso, Texas, junio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-800(1), 1916.

del país. Pero hubo algo más: lanzó su candidatura a la presidencia de la república. De primer jefe buscó transitar hacia la figura de presidente de México. Aunque no todos aceptaron su plan. Adujeron que, bajo una u otra forma, al final de cuentas, se trataba del ejercicio del Poder Ejecutivo. El llamado Partido Legalista lo acusó de ignorar el “principio” de la no reelección que predicaba que ningún ciudadano se perpetuaría en el poder. Recordó que la citada bandera fue reconocida por todos los revolucionarios, incluido él mismo. En suma, después de ejercer tal cargo en el llamado periodo preconstitucional, Carranza estaba incapacitado para ocuparlo de nuevo. La única forma permitida era ocuparla en forma discontinua. Firmaban: Emiliano G. Sarabia, Ignacio Borrego Esparza, Enrique Bordes Mangel, Adolfo M. Azueta, Benjamín Ríos, Ramón Puente, Federico Cervantes y Rodolfo Flores Farías.⁷² Naturalmente, Carranza ningún caso les hizo. Hubo elecciones y las ganó.

Provocación u ocurrencia

El cónsul de Los Ángeles, California, trabajó horas extra para lidiar con personajes con perfil de aventureros. Nos referimos a un tal Juan B. Uribe, discípulo de Felipe Ángeles, al Dr. Atl y al representante de Emiliano Zapata, de nombre Octavio Paz. ¿Qué pretendían esos personajes? Probablemente espantar a Carranza y nada más. A mediados de 1916, Juan B. Uribe, que se decía discípulo de Felipe Ángeles, dijo que pretendía internarse en el Distrito Norte de Baja California para apoderarse de su gobierno. Cómo: mediante un cuartelazo. Derribar nada menos que al coronel Esteban Cantú.⁷³ Pero hubo otra novedad. Despreciado por Carranza, a quien sirvió en su ascenso al poder, apareció en Estados Unidos Gerardo Murillo, el famoso Dr. Atl, entrometiéndose también en los dominios de Cantú. Pero lo notable aquí fue que Cantú se lo permitiera. Se trataba de su feudo y jamás lo dejaría en manos de unos intrusos. A pesar de que era probable que en este caso, al enterarse de que su estado mental no era el óptimo, Cantú le siguiera el juego. Muchos opinaban que, además de ser indigente, el Dr. Atl era firme candidato para el manicomio.⁷⁴ En enero de 1918, *El Universal* difundió que el coronel Esteban Cantú echaba chispas contra el Dr. Atl, todo porque tuvo la osadía de insinuarle que se rebelara contra Carranza. Como a Cantú le pareció una traición, lo desterró del Distrito Norte.⁷⁵ De paso, Cantú aprovechó la ocasión para intentar borrar su tortuoso pasado de equilibrista. Al cuadrarse ahora con Carranza, buscaba que se olvidaran de que antes también lo hizo con Eulalio Gutiérrez y Francisco Villa. A principios de febrero de 1920, se especulaba que, debido a sus inclinaciones bolcheviques, el Dr. Atl había sido

⁷² Cónsul de El Paso, Texas, 2 de noviembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-799(s/n), 1916.

⁷³ Cónsul de México en San Diego, California al secretario de Guerra y Marina, 28 de julio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-800(6).

⁷⁴ “Informe de reaccionarios”, Los Ángeles, California, 12 de enero de 1919, en AHDM, SRE, L-E-837/legajo 8, y “Notas de actualidad”, *Revista mexicana*, San Antonio, Texas, 16 de septiembre de 1917.

⁷⁵ “El doctor Atl pretende la independencia de Baja California”, *El Universal*, 8 de enero de 1918.

deportado a Rusia.⁷⁶ Octavio Paz, quien en 1918 apareció en Los Ángeles, no tuvo empacho en convivir con villistas, huertistas y toda clase de enemigos de Carranza. Se dijo que al llegar a la citada ciudad carecía de recursos, pero viajó a San Francisco y, misteriosamente, regresó con las manos llenas de dinero;⁷⁷ sin embargo, al percatarse de que en realidad tales personas eran inofensivas, tanto los cónsules como el primer jefe dejaron de prestarles atención.

¿Una Constitución política con influencia bolchevique?

En 1917, Carranza expidió una nueva Constitución política, cuyo artículo 27 fue calificado de socializante y estatista. Para muchos, al contemplar que el suelo y subsuelo pertenecían originariamente a la nación, desconocía la propiedad privada. En octubre de ese mismo año, con Lenin al frente, los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y se abocaron a la implantación de la llamada dictadura del proletariado. A finales de 1918, terminaba la primera guerra mundial, cuyo armisticio se firmó en noviembre del mismo año. Debido a sus numerosas inversiones petroleras y mineras, en Estados Unidos se armó todo un escándalo. No fue raro que la propaganda periodística señalara que entre la Constitución de 1917 y el programa bolchevique no había diferencia alguna. Los medios difundieron imágenes del supuesto bolchevismo mexicano, acusándolo de fomentar una gran intranquilidad política y social. A causa de ello, sus espías enfocaron sus miras en Carranza, a quien, de paso, le dio por coquetear con Alemania.

A propósito de la Constitución política de 1917, las reacciones entre los expatriados fueron diversas: como varios tenían propiedades en México, con sobradas razones supusieron que, tarde o temprano, las perderían, como efectivamente sucedió. Jorge Vera Estañol se convirtió en el crítico más acérrimo de la Constitución, alegando una supuesta condición de ilegitimidad. El citado jurista recordó que, al levantarse en armas en 1913, Carranza enarboló la bandera restauradora del régimen constitucional, basándose en la Constitución de 1857.

Agregó que, mediante el decreto de reformas al Plan de Guadalupe, del 12 de diciembre de 1914, el primer jefe asentó que al triunfo de la revolución se convocaría a elecciones para restaurar el Congreso de la Unión, integrado por dos cámaras: la de Senadores y la de Diputados, más las legislaturas de los estados, por cierto, instancias únicas para revisar y reformar la Constitución de 1857, tal como se asentaba en el artículo 127.

Para reforzar su alegato, reprodujo el citado artículo, cuyo texto dice: “La presente Constitución puede ser adicionada o reformada. Para que las adiciones o reformas lleguen a ser parte de la Constitución, se requiere que el Congreso de la Unión, por el voto de las dos terceras partes de sus individuos, presentes, acuerde las reformas

⁷⁶ “Deportación del doctor Atl”, en AHDM, SRE, L.-E-835(4), 1920.

⁷⁷ Ricardo Cuevas a Emilio Salinas, cónsul en Los Ángeles, California, 10 de mayo de 1918, en AHDM, SRE, L.-E-842/legajo 6.

o adiciones, y que éstas sean aprobadas por la mayoría de las legislaturas de los Estados”.⁷⁸ Según Vera Estañol, cubierto este requisito, resultaba procedente elevar a rango constitucional las reformas surgidas durante la lucha armada. El problema fue que Carranza erró el camino. Mediante la Asamblea de Querétaro consumó un golpe de Estado. Y lo que fue peor, su obra máxima, la Constitución de 1917, resultó ser una carta totalmente espuria.⁷⁹

¿Organizarse para qué?

Conscientes de que el periodo de gobierno de Carranza estaba por concluir, los expatriados dejaron atrás sus ánimos belicistas y se enfrascaron en discusiones sobre la forma de reconstruir el país. Tan inmersos estaban que ni siquiera prestaron atención a las cruzadas armadas, francamente suicidas, de Ignacio Morelos Zaragoza, Felipe Ángeles y Aureliano Blanquet, quienes cruzaron la frontera para derrocar a Carranza. De la forma menos elegante, los ignoraron, ni caso les hicieron. Todos decían tener la fórmula para levantar al país después del desastre carrancista y conducirlo hacia adelante. Entre otras cosas, se fundaron diversas organizaciones políticas. Por ejemplo, Antonio Villarreal, Enrique Llorente, Federico González Garza, Enrique Santibáñez, Miguel Díaz Lombardo y otros villistas crearon en la ciudad de Nueva York, en 1918 la Alianza Liberal Mexicana. En la primera semana de noviembre de 1918, la Alianza hizo públicas sus bases, en las que se advertía que Ángeles regresaría a México para unificar todas las facciones políticas,⁸⁰ que recorrería el país de Norte a Sur predicando la concordia y la necesidad de que los distintos jefes rebeldes depusieran las armas. Una propuesta nada original, ya que se trataba de los mismos propósitos que animaron a Federico Gamboa, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz, entre otros, al crear en 1915 la Asamblea Pacificadora Mexicana, lo cual les valió una tremenda reprimenda de Obregón, Villa y, curiosamente, del mismo Felipe Ángeles:

Nos encontramos muy próximos a un momento solemne en que la Patria va a exigir a sus buenos hijos un último esfuerzo para salvarla. El desgobierno de Carranza, con el fracaso militar de Chihuahua; con el fracaso económico que ha hecho descender su moneda a una quinta parte de su valor representativo; y finalmente con el fracaso diplomático de New London, no puede ni podrá sobrevivir. Es preciso, por tanto, empezar a preparar el camino de quien deba recibir las ruinas de la Nación, y ayudarle a reconstruir, lo que los bárbaros han devastado en seis años de regresión y crimen.

En estos instantes, todas las víctimas del desenfreno carrancista que se encuentran en el destierro hablan con entusiasmo de la necesidad imperiosa de unión y fraternidad; pero las obras no corresponden a las palabras, y lo que se mira en realidad es el afán, mal velado, de imponer el criterio propio. Los políticos quieren que las gentes se unan a ellos; pero no dan un paso en sentido de unirse ellos mismos a otra personalidad. El

⁷⁸ Jorge Vera Estañol, *Al margen de la Constitución de 1917* (Los Ángeles: Wayside Press, 1920), 3-11.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ “La Alianza Liberal Mexicana. Bases fundamentales”, en AHSRE, L-E-804, legajo 9.

grito general es el de “vénganse con nosotros”, pero nadie comienza a irse con los demás. Todos quieren ser unificadores.⁸¹

A finales de 1918, J.A. Reyes publicó un texto en la *Revista Mexicana*, en la que reiteraba que, para salvar a la patria, era necesario unirse. Aunque el problema era cómo, enseguida propuso un plan. Dijo que en casi todas las poblaciones estadounidenses había personas que representaban a todos los grupos políticos. Personas que, debido a su posición social, ilustración, honradez y capacidad, se considerarían jefes natos. Ellos tenían la suficiente autoridad moral para convocar a sus correligionarios. Nombres: en San Antonio, Texas, destacaba Nemesio García Naranjo, jefe del grupo autonombrado liberal, al igual que Eduardo Tamariz lo era del grupo religioso; el doctor Vázquez Gómez, también del liberal. En La Habana, figuraban los Elguero, Maqueo Castellanos, Federico Gamboa, entre otros. En Nueva York, Calero, Traslosheros, Esquivel Obregón, entre otros. En El Paso, Texas, Francisco Pascual García, entre otros. Transcurrieron días, semanas y meses discutiendo, pero, salvo contadas excepciones, no dieron un paso en firme. Fueron tantas las voces y opiniones, que al final de cuentas nadie confiaba en nadie. Nadie sabía a quién sumarse. Incluso, cuando se solicitaban fondos para imprimir volantes, fundar diarios, comprar armas, apoyar a algún dirigente, nadie soltaba un centavo.⁸²

El sistema de espionaje en crisis

A finales de 1918 y principios de 1919, la maquinaria de espionaje de Carranza empezó a resquebrajarse. Sumergida en espiar toda suerte de conspiraciones, muchas veces ficticias, cayeron en la confusión y en el letargo. Si bien reportó algunas cruzadas contrarrevolucionarias, no pudo enterarse de otras. Reportó la entrada a México de Felipe Ángeles, de Aureliano Blanquet, pero se le escapó la de Ignacio Morelos Zaragoza, al igual que la de Félix Díaz. Para fortuna de Carranza, todos ellos arrastraron contingentes minúsculos, no significaban mayor peligro ni merecieron mayor atención. Como es sabido, todas terminaron en verdaderas tragedias.

En marzo de 1918, Ignacio Morelos Zaragoza, acompañado de su hijo Roberto y quince hombres más, atravesó las aguas del Río Bravo, a cuatro leguas de Laredo, Texas. Nadie supo de ello, sino hasta que ya estaba en México. Fueron tantos sus ánimos de venganza que algunas versiones indican que perdió el control de sí mismo y enloqueció. Fue atrapado y enviado a prisión.⁸³ Por razones desconocidas, Carranza no lo fusiló. En diciembre de 1918, Felipe Ángeles se internó en suelo mexicano, acompañado de Alfonso Gómez Morentín, José Jaurrieta y un guía, y se dirigió a Cuchillo Parado, Chihuahua, para reencontrarse con Villa. Muchos de sus correligionarios se enteraron de su llegada, pero ni caso le hicieron. En mayo de 1919,

⁸¹ Cónsul en Laredo, “Diversos informes referentes a reaccionarios”, en AHDM, SRE, L-E-798(7), 1916.

⁸² “Manos a la obra de la unión”, *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 22 de diciembre de 1918.

⁸³ “Informe sediciosos”, en AHDM, SRE, L-E-837/legajo 12.

algunos villistas lo proclamaron presidente provisional de México. En noviembre de ese año, fue aprehendido y fusilado.⁸⁴ Sobre Aureliano Blanquet, el sistema de espionaje detectó sus pretensiones, pero no lo denunció, lo cual habría significado su aprehensión. De cualquier forma, los carrancistas lo cercaron en suelo mexicano y, en cuanto pudieron, se lanzaron sobre él. En plena escapada, Blanquet cayó con su caballo al fondo de una barranca y perdió la vida.⁸⁵

Era obvio que en esas fechas el mayor peligro para Carranza no se hallaba entre los expatriados, sino en México. La causa: se agitaban las aguas de la sucesión presidencial, lo cual socavó el sistema de espionaje. Lo hizo explotar. El culpable no fue un desterrado, sino Álvaro Obregón, recién distanciado de Carranza. Como en Cuatro Ciénegas se empecinó en heredar su puesto a Ignacio Bonillas, Obregón se lanzó al ruedo y sus emisarios penetraron en el mismo ejército, entre distintos grupos revolucionarios, e incluso entre los desterrados y los mismos cónsules. Curiosamente, el manco de Celaya no se atrevió a pedirle a Blanquet ni a Felipe Ángeles que se sumaran a su campaña presidencial. Por supuesto que no faltó un obregonista que hiciera un guiño a algún cónsul fronterizo, quien entendió perfectamente bien que, para asegurar su futuro, se acercaba la hora de cambiar de casaca.

Obregón mismo les hizo un guiño a José Vasconcelos y al general Antonio Villarreal, exiliados en San Antonio, Texas, quienes no se ofendieron, sino que más bien se alegraron e incluso se trasladaron junto con sus familias a Los Ángeles, California, para estar más cerca de la base de operaciones del manco de Celaya. Obregón cruzó la línea fronteriza, habló con ellos y otros desterrados, y el pacto se selló.⁸⁶ Es probable que la invitación a sumarse a la campaña de Obregón haya sido extensiva a Octavio Paz Solórzano, quien, como premio, en 1921 ocupó una curul en la Cámara de Diputados. Para el resto de los exiliados, el mensaje era claro. Debido a que el enemigo común era Carranza, a su caída, todos podrían regresar. El 2 de abril de 1920, José María Arredondo, cónsul en Arizona, se quejaba amargamente de que Fernando Mendoza y Francisco Zamora, agentes de migración de Agua Prieta, en lugar de cumplir con su misión se dedicaban a invitar a los expatriados, sin distinción política, a cruzar la frontera y sumarse a las filas obregonistas. El objetivo: contribuir a derrocar a Carranza. Como a su juicio se trataba de una deslealtad hacia el gobierno mexicano, sugirió destituirlos, lo cual no ocurrió.

Efectivamente, los mencionados agentes, sin respetar las leyes de neutralidad, invitaban a los villistas, huertistas o maytorenistas a trasladarse a Agua Prieta, donde recibirían armas y parque.⁸⁷ Como se infiere, el sistema de espionaje había perdido su utilidad.

⁸⁴ *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 16 de febrero de 1919; Sax, *Los mexicanos...*, 69-70, e "Informe de políticos de bandoleros", *El Paso*, Texas, 15 de enero de 1919, en AHDM, SRE, L-E-839/legajo 9.

⁸⁵ Toda la odisea de Aureliano Blanquet se publica en la *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas (nos. del 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 4 y 7 de mayo de 1919).

⁸⁶ Gloria Sánchez Azcona, *El general Antonio I. Villarreal. Civilista de la revolución mexicana* (México: INEHRM, 1980), 69-71.

⁸⁷ José María Arredondo, cónsul en Douglas, Arizona, a Hilario Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores, 2 de abril de 19120, en AHDM, SRE: L-E-866(1), 1920.

Un llamado desesperado

Desde Nueva York, el 4 de febrero de 1920, Isabel Alcolea, esposa de Félix Díaz, lanzó un desesperado llamado de auxilio a Carmen Romero Rubio, la viuda de Porfirio Díaz, más conocida como Carmelita. De manera lastimera, afirmaba que no le había escrito antes porque no estaba del todo segura de que las cartas llegaran a sus manos. Ahora, gracias a la gentileza de la señora Limantour, las cosas habían cambiado. Isabel Alcolea le confesó que se había trasladado a Nueva York para cerciorarse del curso del movimiento de su esposo Félix Díaz, un movimiento que ya tenía cuatro años, luchando contra la adversidad, la mala voluntad de muchos y múltiples desengaños. Aunque luego cambiaba de tono y señalaba que la tenacidad de Félix era tanta, que en los círculos oficiales de Estados Unidos ya se hablaba de su inminente triunfo. Isabel Alcolea habló del embargo de una remesa de armas y municiones destinada a México, cuyo rescate llevaría tiempo.

Pero agregaba que Félix Díaz tenía la oportunidad de adquirir otra remesa de armas con valor de medio millón de dólares, para el cual sólo tenían cien mil. Buscando ablandarla, aseguró que en México había personas dispuestas a aportar tal cantidad, pero ponían como condición que Estados Unidos reconociera el movimiento de Félix y le dieran el rango de fuerza beligerante. Si bien Isabel comentaba que ella tenía algunas propiedades en México, con su venta no reuniría semejante cantidad. Pero luego fue directa y al grano: le recordó a Carmelita que se había acordado de un viejo ofrecimiento suyo, y que había llegado la hora de aceptar. Le solicitó el medio millón de dólares. Como no se trataba de un préstamo sin retorno, le aseguró que se lo devolvería en un plazo de sesenta días.⁸⁸ Resulta difícil saber si Carmelita acudió en auxilio de Félix Díaz con el medio millón de dólares que requería urgentemente. Lo más probable es que, después de meditarlo, no le haya proporcionado nada. Las noticias sobre las andanzas y aspiraciones de Obregón eran públicas y conocidas.

Colofón: el Plan de Agua Prieta

Con el lanzamiento del Plan de Agua Prieta, en abril de 1920, todo terminó. Álvaro Obregón llegó al poder, Carranza fue eliminado y los desterrados pudieron volver a México. Los santuarios de los expatriados ubicados tanto en la frontera México-Estados Unidos, como en La Habana, en unos casos casi se vaciaron y, en otros, desaparecieron. Para los gobiernos de México y Estados Unidos, la agitación política en ellos incubada dejó de ser un problema, una preocupación. El sistema de espionaje carrancista se discontinuó. Parte del personal político de vieja y nueva raigambre se cambió de casaca y se fue a la cargada, se fue con el triunfador —una costumbre, por cierto, bastante arraigada entre los políticos mexicanos—. Los mecanismos y sistemas

⁸⁸ Isabel Alcolea de Díaz a Carmen Romero R. de Díaz, Nueva York, 4 de febrero de 1920, en CEHM-Conдумex, fondo DCXXI, documentos de Félix Díaz, 1917-1921, V-2.

utilizados por Carranza para vigilar la frontera fueron cambiados. Involucrados en reiteradas disputas por el poder, en los años veinte, los enemigos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles siguieron cruzando el Río Bravo para salvar su vida, abastecerse de armas, tomar un respiro y continuar en la brega. Eso sí, la vieja imbricación entre México y Estados Unidos siguió inalterable, y a pesar de las continuas fricciones y rivalidades, no se ha roto. Incluso se ha fortalecido. Pero todo eso es parte de otra historia.